

Ilustración Artística

AÑO XXXIII

BARCELONA 29 DE JUNIO DE 1914

NÚM. 1.696

MEDALLA DE HONOR

PARÍS. - SALÓN DE LA SOCIEDAD DE LOS ARTISTAS FRANCESES. 1914



LAS ORACIONES, cuadro de E. Maxence

(Reproducción autorizada por el Sindicato de la Propiedad Artística.)



Texto. — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *La mujer muerta*, por Mari Cruz. — *Marruecos. El embajador inglés Sir Arturo Hardinge en Melilla*. — *Las excavaciones de Ostia. Nuevos e importantes descubrimientos*. — *«La tizona»*, drama de López Alarcón y Godoy. — *El Espinar. Repoblación fluvial del río Moros*. — Madrid. *«La flor de agua»*. — Berta de Suttner. — *La victoria* (novela ilustrada; continuación). — Barcelona. *Concurso Hípico Internacional*. — Londres. *Concurso Hípico de Richmond*. — Berna. *Exposición nacional suiza*. — *Libros enviados a esta Redacción*. — Barcelona. *Un homenaje al eminente actor Enrique Borrás*.

Grabados. — *Las oraciones*, cuadro de E. Maxence. — Dibujo de Opisso, ilustración al cuento *La mujer muerta*. — *Estudio: Un día de campo*, cuadros de Luisa Vidal. — *Marruecos. El embajador inglés Sir Arturo Hardinge en Melilla* (cinco fotografías). — *Las excavaciones de Ostia. Nuevos e importantes descubrimientos* (cinco fotografías). — *Rayo de sol*, cuadro de J. A. Meunier. — *El chal encarnado*, cuadro de H. Richir. — *D. Enrique López Alarcón y D. Ramón de Godoy*. — *El Espinar. Repoblación fluvial del río Moros*. — Madrid. *Una escena de «La flor de agua»*. — Berta de Suttner. — *D. Víctor Said Armesto y D. Conrado del Campo*. — Barcelona. *Concurso Hípico Internacional* (tres fotografías). — Londres. *Concurso Hípico de Richmond*. — Berna. *Exposición Nacional Suiza. Entrada principal de la Exposición*. — Barcelona. *Vino de honor ofrecido a Enrique Borrás por el Círculo Artístico*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Esto del patriotismo tiene mucho que heñir.

Dígolo por la frecuencia con que de España y sus antiguas Indias me vienen, ya anónimos, ya con firma y rúbrica, cartas y cartapacios, en que, refiriéndose a mis crónicas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA y a otras que envío a grandes diarios americanos, me increpan (no todas, las hay de un entusiasmo férvido) basándose, generalmente, en el tema del patriotismo.

Sólo que sería difícil concertarlas, pues mientras bastantes me tratan de mala española, porque digo lo que veo, otras me acusan de exaltada *chauvine*, porque digo lo que veo también. Este quisiera que yo pintase a España siempre con colores de lisonja y mentira; el de más allá que no ensalzase lo bueno que noto en España. De modo que deduzco lo siguiente: mis escritos son justos, se colocan en el ápice de la verdad. Al menos, de consuelo me sirve.

Yo limito mi defensa a este ruego: que se demuestre si incurro en inexactitudes. Como el Maestro ante Pilatos (y perdónese la comparación, en la cual pongo toda la reverencia de mi alma) pido que se me diga si mentí, y, si no mentí, que se me exima de la culpa.

Si mis artículos no reflejan fielmente costumbres y hechos, podrá decirse de mí algo censorio. Si los reflejan, no comprendo qué se me reprende. Y si con igualdad compruebo lo malo, lo bueno y lo mediocre, ¿dónde está la falta?

* * *

Yo declaro que soy patriota: y no me limito a declararlo: lo he probado de un modo fehaciente, y estoy segura de que los que tanto claman por patriotismo, olvidarán bien pronto lo que yo, por no molestarlos, no quiero aquí recordar... Pero nunca he creído que el patriotismo consistiese en la falsificación de la realidad, que sólo podría, por otra parte, hacerse de ese modo burdo, que a nadie engaña. Mi crédito y mi seriedad perderían, y mi patria no ganaría poco ni mucho, pues siempre acaban por traslucirse las cosas, en su verdadero ser.

También, reconozcámoslo, sería inconcebible que yo, por el hecho de haber nacido en España, no tuviese derecho a ensalzar lo ensalzable de este país.

He venido pues a leer y escuchar con indiferencia estas observaciones contradictorias. El que escribe, en primer lugar, ha de preciarse de independiente y sincero. Y si quisiese dar gusto a todos, cierto que no pudiera lograrlo...

* * *

Nunca el escritor aspirará a la popularidad de un torero, verbigracia. Los hombres representativos, en España, son los toreros; es un punto sobre el cual no cabe discusión. Verán ustedes, sin embargo, cómo, por hacer constar una verdad tan sencilla, me van a poner verde, sin que en cambio sufran la reprobación más ligera los periódicos que vienen llenos de larguísimos relatos, pongo por caso, de lo

que al Gallo le ha sucedido, en Algeciras, y que diariamente atestan sus columnas de descripciones de las corridas y de versos y prosa consagrados a las apoteosis taurinas y al fenómeno o al coloso de tanda.

Apostemos a que voy a cargar yo con el sambenito de ser la persona indiscreta que entera a Europa de la importancia que aquí tienen los astados brutos y los héroes del redondel. Sí, señor: yo habré tirado de la manta, yo habré revelado lo que nadie sabía...

* * *

Y lo confieso, y lo reconozco: cuando yo hablo de estas cosas, no sé en qué consiste, pero mucha gente cree oír las o, mejor dicho, conocerlas por primera vez. Y es que sin duda vibra en mí, cuando los sucesos son poco favorables a España, cierta pena, cierta indignación, cierto dolor, recóndito y velado por la indiferencia mariposeante del cronista. Y todo se comunica y todo se pega. Ojalá sirviese para avivar el seso y despertar la reflexión.

Me figuro que habré dicho varias veces (y sin embargo, quiero volverlo a decir) que los toreros son gente muy simpática, y supongo que entre ellos abundan los hombres honrados y caballeros en su manera de ser, porque no es la caballerosidad patrimonio exclusivo de la grey aristocrática ni de los burgueses ni de nadie, sino de quien lleva un sentimiento generoso en el corazón.

Los toreros son, entre sí, caritativos, y en general buenos padres, excelentes esposos, hermanos e hijos, cariñosos hasta el romanticismo con las prendas de su vida, desprendidos, garbosos, cristianos y llenos de fe; en fin, tienen muchas y muy recomendables cualidades personales, aparte del valor, que no se ha menester poco para arrostrar a la fiera, pues una cosa es verla de lejos y otra lidiarla. Todo lo cual significa que yo no tengo nada contra los toreros, ni es de ellos la culpa de haber venido a ser, como dije, hombres representativos, cuando sólo debieran ser, a sus horas, hombres cuya destreza y arrojo entretiene al público durante una función y nada más.

No es lo malo que haya corridas, sino el afán que por estas corridas se siente, el entusiasmo que despiertan, la absorción de tantas energías por un deporte cruel y feroz en muchos de sus lances, y que, por nuestros pecados, ha venido a convertirse en emblema, signo o divisa — la palabra es taurina también — de nuestra nacionalidad.

* * *

No sé resignarme a que, cuando un toro coge a un torero haya que establecer un servicio especial de telegrafía para contestar a los que se interesan por su estado, mientras que si un mozo valiente cae sobre el abrasado terreno de África, en defensa de nuestra bandera, no hay que aumentar nada en servicio alguno, ni casi los diarios prestan atención. No, a esto no me conformo.

Yo fui aficionada, como cada quisque, a los toros; pero nunca pensé en tal diversión sino mientras la estaba presenciando. Lo malo es comer carne de toro mañana, tarde y noche; alimentarse exclusivamente de carne de toro, y además, hacer del toro (como hicieron los egipcios de su buey Apis) un número de la patria.

Y ¿qué remedio? Cada tiempo tiene sus calamidades propias. Cada tiempo hace su mueca. La mueca de España es (¡en el siglo xx!) la torería. A esto hemos llegado después de asombrar al mundo con tantas proezas.

* * *

Los ruidosos debates de la Cámara popular (¿se dice así?) han terminado con la votación, al Gobierno favorabilísima. Ha sido un derroche de elocuencia, un verdadero torneo del buen decir oratorio. Yo declaro que he pasado ratos muy agradables, porque cuando hablan así, sería preciso no tener espíritu para no deleitarse y recrearse con tanta gala y tanta dialéctica y tanto argumento bien traído y tanta descripción bien hecha. En lo que a oratoria se refiere, por lo menos, no se puede decir que estemos en decadencia.

Ni Mella ni Lerroux ni Melquíades Álvarez ni Maura ni la hueste numerosa que a los alcances les va tienen nada que envidiar a aquellas falanges de las primeras Cortes de la Revolución de 1869, que tanto juego dieron y en que brillaron nombres en este arte tan insignes. Yo al menos así lo creo, aunque de las primeras sólo en días solemnes fui testigo, porque entonces como ahora era difícilísimo obtener puesto cómodo en las tribunas. Creyérase

que a propósito se ponen obstáculos para descomponer el público a los oradores. En efecto, este público pudiera ser mucho más escogido, intelectualmente hablando, de lo que es, si se adoptara el sistema, bien sencillo, de numerar los puestos.

Los que se dedican a la labor de la inteligencia tienen el tiempo contado, y no quieren perder tres horas esperando, para lograr buen sitio a costa de madrugar. Un número arreglaría todo esto. Pero las protestas de los que no son intelectuales estropearían el sistema.

«¿Por qué un señor tiene el número uno, y yo tengo el treinta y tres?», etc.

Así es que se emplean todos los recursos. Se envía a una persona que ocupe el puesto desde temprano, y esta persona nos cede su lugar cuando aparecemos.

* * *

Pues hasta tan sencillo medio encuentra oposición y prohibiciones. No puedo comprender por qué. En todas partes se hace lo mismo, sin que nadie lo extraña: sólo no puede hacerse, al parecer, en el Congreso. Incluso se venden los puestos, en las colas, por un duro o tres pesetas. Esto no se mira mal. ¿Qué inconvenientes acarrea? Ninguno. El dinero, en una o en otra forma, soluciona conflictos, y tener un sirviente que os guarde un puesto, es también cuestión de dinero: es una comodidad. Son singulares las ideas que corren entre el público de la tribuna acerca de la democracia en las costumbres.

«Aquí no deben venir las criadas», se oye exclamar, en tono desdeñoso.

Sin embargo, no todos, ni siquiera la mitad de los concurrentes y concurrentas, parecen precisamente el conde de la Cibera ni la duquesa de Montellano. El que lleva su papeleta está en su derecho al ocupar su sitio, aun cuando no ostente en el sombrero un gran *esprit*, ni al cuello un hilo de perlas. Y el que cede el sitio a otro tampoco creo que realice un acto ilícito. Hasta pudiera ser un rasgo de galantería, de respeto, de bondad.

Los padres de la patria, no encontrando quizás otra manera de reparar las molestias que infligen con su ilógico sistema de colocar al público, mandan cajitas de chocolate y de bombones, cucuruchos de caramelos.

Me agrada saber si esta delicada obsequiosidad existe también en Francia y en otras naciones, o si es privilegio nuestro, y me propongo averiguar este punto en cuanto me sea posible.

* * *

La prensa recuerda estos días el aniversario de la muerte del escritor y catedrático D. Antonio Sánchez Pérez. Yo también he de consagrarle mi florecita de siempre viva. Era este hombre uno de los mejores que he conocido, de los más cordiales y bondadosos: y no con bondad egoísta y fácil de vividor, sino con la bondad del corazón, que se trasluce y no cabe parodiar. Siempre le encontré dispuesto a todo lo derecho y honrado. Era republicano y nada tenía de jacobino.

Para mí fué uno de esos amigos desinteresados, a quien veía poco, con quien contaba sin género de duda.

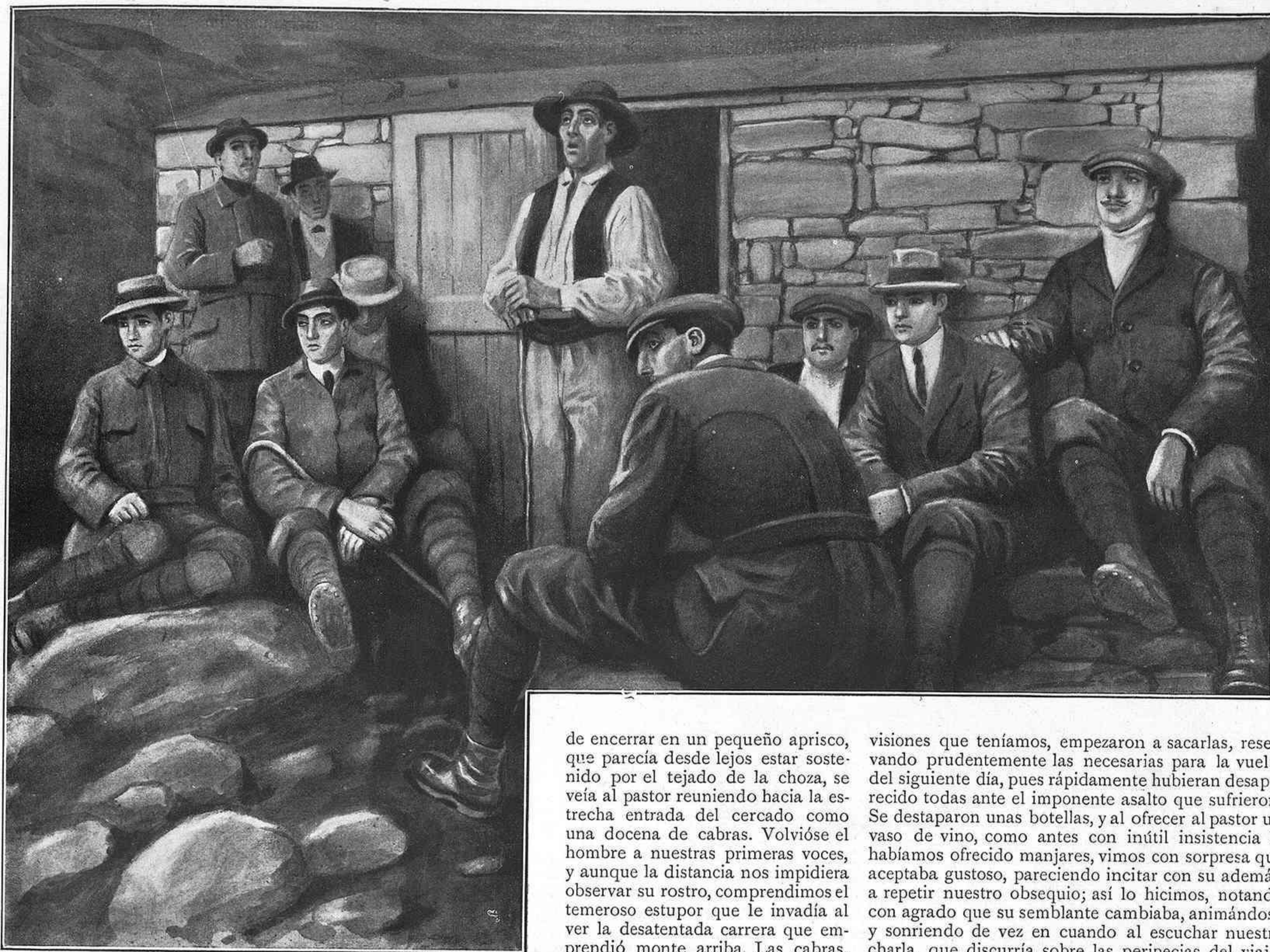
En los estrenos solía venir a echar un párrafo conmigo. Coincidíamos muchas veces; otras discutíamos sin llegar nunca a discutir. Sánchez Pérez *se sabía* sus humanidades, su retórica, su poética; era docto, propendía a ese moderado clasicismo, que han profesado tantos sabios españoles, como Narciso Campillo, Luis Vidart, y también, a su estilo, Juan Valera. Amadores de las letras, con cierto sentido de castiza medida, esta generación de hombres no deja (exceptuando al ya citado D. Juan) una huella profunda, acaso por eso mismo, porque nada nuevo trajeron al campo literario.

Sánchez Pérez poseyó más talento que fama. Modesto en todo, lo era en esto de las letras, en que la modestia es tan poco común. Un mérito más, y otro motivo para no olvidarle.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

La Sal Natural de Sprudel
de **Carlsbad**
es la única legítima Sal de

LA MUJER MUERTA, POR MARICRUZ, dibujo de Opisso



Volvimos nuestras cabezas hacia donde el pastor señalaba...

de encerrar en un pequeño aprisco, que parecía desde lejos estar sostenido por el tejado de la choza, se veía al pastor reuniendo hacia la estrecha entrada del cercado como una docena de cabras. Volvióse el hombre a nuestras primeras voces, y aunque la distancia nos impidiera observar su rostro, comprendimos el temeroso estupor que le invadía al ver la desatentada carrera que emprendió monte arriba. Las cabras, más serenas, quedaron paradas, volviendo algunas sus cabezas hacia nosotros, como pidiéndonos cuenta de la huida de su amo, balando to-

das lastimosamente al notar su abandono. visiones que teníamos, empezaron a sacarlas, reservando prudentemente las necesarias para la vuelta del siguiente día, pues rápidamente hubieran desaparecido todas ante el imponente asalto que sufrieron. Se destaparon unas botellas, y al ofrecer al pastor un vaso de vino, como antes con inútil insistencia le habíamos ofrecido manjares, vimos con sorpresa que aceptaba gustoso, pareciendo incitar con su ademán a repetir nuestro obsequio; así lo hicimos, notando con agrado que su semblante cambiaba, animándose y sonriendo de vez en cuando al escuchar nuestra charla, que discurría sobre las peripecias del viaje, ponderando las proezas de agilidad y destreza de los unos y burlando las cómicas sorpresas, tropiezos y caídas de los otros.

Caminábamos alegremente desde las seis de la mañana, con la ligereza y ánimos que presta el aire de la sierra a las piernas y pulmones que aun no han cumplido treinta años. El sol iba siendo menos fuerte; llevábamos tres horas largas de andar después del alto de la comida, y la seguridad que nos habían dado el día antes de encontrar por aquellos parajes un pastor y su choza donde pasar la noche y poder admirar la sierra a la luz de la luna, no llevaba trazas de realizarse; pasadas dos horas más de marcha, comenzó a manifestarse alguna inquietud entre los menos aguerridos en semejantes empresas; otros, que sin presumir de alpinistas, habían hecho ya varias excursiones, murmuraron entre sí diciendo que habíamos perdido el camino; los indiscutibles, los que por acatamiento a su experiencia habíamos elegido por guías, protestaron diversamente; quién dijo que sí, que estábamos perdidos; otro aseguró lo contrario, añadiendo que la semejanza en los detalles hace muchas veces creerlo a los incautos, pero que bien orientados, teniendo esto a la derecha, aquello al frente, el camino era seguro y llegaríamos en breve a nuestra meta.

Como la tarde había caído por completo y la oscuridad en el interior de la choza era absoluta, uno de los nuestros abrió un encendedor para vernos las caras, y entonces el pastor, con una mueca de desprecio que quería ser risa, cogió una enorme tea colocándola bajo su brazo derecho, hizo sonar entre sus manos el eslabón encendiendo la mecha y acercando ésta diestramente a la tea, produjo una llama luminosamente roja, que con fantástica claridad nos permitió ver el sitio donde estábamos: un reducido espacio, de cuyas ennegrecidas paredes colgaban armas, pieles y sacos de cuero; un camastro, un par de escabeles y una mesa, donde entre cartuchos, cordeles y tijeras vagaban en completo desorden algunas cucharas y marmitas, era todo el ajuar de la choza.

Uno de éstos, a quien los doloridos miembros de su cuerpo habían obligado a echarse en el camastro, se levantó de pronto, asegurando que esperaba gozar en la próxima velada, admirando la hermosura agreste de aquellos lugares, iluminados por la luna.

- Y eso, respondió alguien, que últimamente los peligros del camino te han hecho perder de vista a tu amada *Mujer muerta*.

- Es verdad, y ahora será difícil orientarse y encontrarla entre estas tinieblas, dijo el primero asomándose a la puerta de la choza.

-- Es inútil, le replicamos, no la encontrarás; debe estar a la izquierda, pero habrá que subir un poco para poder descubrirlo; cuando salga la luna, verás, para poder ascubrirlo.

Los más callábamos, defraudados en nuestra esperanza de la choza y del pastor, que no asomaban por ninguno de los innumerables vericuetos que nos rodeaban, temerosos, además, porque las nubes que comenzaban a reunirse, así mismo tiempo que el sol descendía, pudieran ocultarnos más tarde la luna, malogrando el principal motivo y encanto de nuestra excursión, emprendida con tanto entusiasmo en las primeras horas del día, que al extinguirse, obscureciendo el ambiente, llevábase también nuestros ánimos matutinos.

Una vez recogido el rebaño, queríamos que fuera albergue en su choza, y aunque al principio pareció dudar, de repente, con un movimiento brusco, empujó fuertemente la puerta, franqueándonos la entrada.

El aspecto de su dueño no era menos extraño; de figura esbelta y fuerte, sostenida por largas piernas, salía una cabeza pequeña, cuya cara de expresión soñadora e incierta, a pesar de su energía, no revelaba el menor indicio de la edad de aquel hombre, que podía ser un niño por la candidez de su mirada y cuya recia musculatura denunciaba la madurez de una vida ruda y sana.

Decididos a restaurar nuestras fuerzas con las pro-

Mas nuestro intento fué vano, porque aquél había salido de la choza sin que nadie lo advirtiera. Nuestro fervoroso admirador de *La mujer muerta* prosiguió perorando en honor de ella. Desde el primer día que atravesó la Sierra de Guadarrama que divide ambas Castillas y pudo contemplar el elevado cerro que lleva aquel nombre, porque la línea de su cima dibuja en el espacio el correcto perfil de una femenina y gigantesca figura yacente, su entusiasmo no había decaído. Conocía sus leyendas y en paseos y excursiones realizados con una ilusión de la mente, muy superior a su resistencia física de adolescente ciudadano, ávido de espacio y luz, de inteligencia despierta y viva forjaba nuevos símbolos con la hermosa montaña. Querido de todos, a quienes hablaba comunicando sus impresiones con esa voz especial, musical e indecisa, del mancebo que dejó de ser niño sin ser aún hombre, lograba persuadir por el pronto, haciéndose escuchar hasta de los más refractarios a influencias de una imaginación soñadora.

Animada por las libaciones la fantasía y el mutuo

ingenio avivado con la conversación, comenzó cada cual, según su temperamento y aficiones, a replicarle, excitando su amena verbosidad y consiguiendo al cabo, después de largo discutir, que nos contara la leyenda más conocida de *La mujer muerta*, la de la pobre viuda y el avaro.

— La luna sale a la media noche, pero... la Dama... sale una hora antes, cuando aun no se ve la luna.
— ¿La Dama?, repetimos casi todos interrogando sorprendidos.
— Sí, la Dama, continuó monótona y grave la voz. La Dama... duerme..., la Dama vela..., dicen que

volveréis a verla si aquí no subís; yo la veo siempre y soy feliz..., nada ambicioso..., nada deseo... Los hombres son desdichados porque no pueden servirla, no saben todavía agasajarla, los presentes que la ofrecen son mezquinos; no puede vivir entre ellos porque el egoísmo la ahogaría. Su belleza.. los hom-



Barcelona. Salón Parés. — Estudio, cuadro de Luisa Vidal. (De fotografía de F. Serra.)

— Era éste, dijo, un rico labrador de tierra segoviana, que recogía tan abundante mies en sus eras, que las gentes decían parecía desde lejos un monte el montón de grano que reunía; llegó en cierta ocasión una madre viuda a pedirle pan para sus hijos y el rico avaro la rechazó cruel, negando a la infeliz madre un poco de lo que él con exceso poseía; la mujer sucumbió a la miseria y el labrador halló su expiación viendo siempre, desde entonces, ante sus ojos, en lo alto de la sierra, el cadáver agigantado de su víctima, y encontrando su riqueza cada año convertida en polvo, hasta formar el monte que está al pie de *La mujer muerta* y se llama por esto el *Montón de trigo*. Otras muchas tradiciones hay menos conocidas, terminó diciendo, y seguramente el pastor sabrá y pudiera contarnos alguna nueva, si fuese menos lacónico y huraño.

— ¿Dónde estará?, dijo otro.

— Acaso cuidando sus cabras, le contestaron, o acechando alguna presa nocturna, cogida con cepos que colocan entre los jarales.

Desvióse así insensiblemente la atención del anterior tema, suscitando la caza y sus incidentes y atractivos nueva discusión, y como entonces entrara el pastor, tan quedamente como había salido, y escuchara atento cuanto se decía, llegó un momento en que, ya contestando a uno, ya preguntando a otro, se encontró envuelto en nuestra conversación, siguiéndola con interés.

— No hay que olvidar la hora; a las once y media sale la luna y son más de las diez, dijo mirando el reloj uno de los nuestros. Debemos sentarnos fuera, continuó; aquí hace un calor insoportable.

Así lo hicimos, trasladando la tertulia a la entrada de la choza, y ya sentados en unas piedras que por allí había, antes de reanudarse las conversaciones oyóse lenta y sonora la voz del pastor que decía:

está muerta, pero no es verdad; vive y sale de noche, porque de día no puede, no tiene galas para su grandeza; los hombres no la conocen.

Todo esto de un aliento, en tono de salmodia, con ecos vagos y lejanos en el silencio de la noche, sobrecogió nuestro espíritu, infundiéndonos una impresión de misterio y poesía que la sombra de los montes y la armonía silenciosa del ambiente tenebroso que nos envolvía aumentaba, produciendo en nuestros ánimos una intensa sensación de curioso estupor superior a cuantas emociones hubiéramos esperado.

— Está loco, murmuró uno.

— Calla, calla, repitieron varios.

— Dios quiera que salga y la veamos, imploró ferviente el juvenil enamorado de *La mujer muerta*.

— Tiene que salir, continuó el pastor con creciente energía. Siempre con la luna sale..., el sol, la luz del día la adormece, y las gentes que la ven de lejos desde los caminos la llaman *La mujer muerta*... La ven muy grande, pero no ven su hermosura, que es mayor; aquí en la sierra pocos la conocen, pocos velan esperando que salga..., mas quien la ve no la olvida y su recuerdo siempre se guarda... Es hija de reyes, nació en la cumbre y Dios la dotó de sus dones, dándole nimbos de gasas con sus nubes y arrojando reales en el invierno... ¡Miradla!, gritó extático; ¡ya se acerca..., por allí!

Volvíamos nuestras cabezas hacia donde el pastor señalaba y a nuestra vista apareció, fantástica y deslumbradora, la silueta de una mujer que la luz de la luna recortaba, iluminando hendiduras de una loma cercana; la nieve, invisible de día, resaltaba con albos reflejos, formando la cara, el busto, los brazos, y el verde y rudo jaral, salpicado del oro de las primicias otoñales, envolvía regiamente, con aterciopelado manto, la maravillosa figura.

— ¡Miradla!, repetía arrebatado el pastor; nunca

bres no la comprenden, acostumbrados a las efímeras de la tierra; su honor..., su amor..., no lo buscan, afanados en luchas fratricidas por falsos ideales..., no pueden levantarse..., no alcanzan a vivir en la cumbre..., a escalar las alturas, donde todo se purifica..., donde ella vive..., la Dama..., la Ilusión..., el Ideal..., la verdadera vida...; sólo la luna y yo la comprendemos... Vosotros..., como todos..., quizás la olvidéis..., pero por muy dichosos que lleguéis a ser, nunca sentiréis la emoción que habéis sentido esta noche...

¿Dijo todo esto el pastor? ¿Fue el eco de nuestra imaginación exaltada por lo sublime y sobrenatural del sitio y la visión quien nos hizo oírlo? No lo sabemos; paralizados por la tensión nuestros nervios, pasada la conmoción de la sorpresa, inútil fuera tratar de recordar fielmente detalle alguno de nuestros actos. La luna serena y pálida, avanzando sobre nuestras cabezas, comenzó poco a poco a disipar la hermosa aparición, iluminando en cambio el palacio de su grandeza, rudo y soberbio baluarte de la naturaleza, ávido guardador de todo ensueño y guía que indica al hombre su salvación en las alturas...

Amanecía lentamente..., sin que nos diéramos cuenta, tan breve había sido para nosotros aquella inolvidable noche. Nadie supo cómo ni cuándo desapareció el pastor. Al ir a recoger nuestros bártulos a la choza, los encontramos en el umbral de la puerta y ésta cerrada. Alguien quiso examinar de cerca la loma de la aparición: todos protestamos indignados; hubiera sido profanarla.

Emprendimos la vuelta lacios y rendidos; bajamos la sierra rápidamente, sin darnos cuenta, como se baja en la vida de la cumbre de lo sublime a la realidad de la existencia, tan dura para aquellos que no saben guardar, como el pastor, la fe en el ideal, y la abnegación y fortaleza de conservarlo íntegro en las luchas del vivir.



UN DÍA DE CAMPO, cuadro de Luisa Vidal. (De fotografía de F. Serra.)

Nuestra estimada colaboradora, la distinguida artista Luisa Vidal, ha expuesto recientemente en el Salón Parés una notable colección de pinturas y dibujos-retratos, demostrando en todas estas obras una vez más las excelentes dotes artísticas que la adornan y que desde hace tiempo le han conquistado justo renombre entre nuestros artistas. La exposición ha sido un nuevo éxito para Luisa Vidal y por ello nos complacemos en felicitarla muy sinceramente, honrándonos, a la vez, con la reproducción en ésta y en la anterior página de dos de los principales cuadros que en aquella exhibición figuraron.

MARRUECOS

EL EMBAJADOR INGLÉS SIR ARTURO HARDINGE EN MELILLA
(Fotografías de Carlos Lázaro.)

El general Jordana y el embajador inglés presenciando las maniobras de nuestras tropas en las proximidades del río Kert



El embajador de Inglaterra en España, Sir Arturo Hardinge, ha visitado recientemente nuestras posesiones africanas, habiendo comenzado su visita por la plaza de Melilla y la zona inmediata. Durante su estancia allí ha efectuado numerosas excursiones a los campamentos y a las posiciones que ocupan nuestras tropas en la orilla del río Kert y en sus proximidades, habiendo presenciado en una de ellas las maniobras de la media brigada de cazadores que manda el coronel Monteverde.

Una de las visitas más interesantes ha sido la hecha a las minas del monte Uixán y al vecino poblado de Nador. Mr. Hardinge, acompañado del general Jordana y de varios ingenieros, salió de Melilla en automóvil a las once de la mañana, y una hora y media después llegaba a San Jerónimo, es decir, a la casa de las minas, adonde acudieron a saludar al embajador los oficiales de las fuerzas destacadas en Segangán, algunos policías de a caballo y doce cheijs indígenas de los poblados próximos, quienes conversaron con Mr. Hardinge y felicitaron al general Jordana por el éxito de sus últimas operaciones. En el comedor de la casa, que estaba decorado con exquisito gusto, celebró un banquete, obsequio de la Compañía de las minas a sus ilustres visitantes.

Desde San Jerónimo dirigiéronse los expedicionarios, a caballo, al fortín de San Enrique, contemplando el hermoso panorama que desde éste se descubre e indicando el general Jordana al embajador las posiciones que nuestros soldados ocupan en aquel territorio y los caminos que a ellas conducen. Visitaron luego el depósito de mineral de la Compañía Española, y después de haber presenciado el funcionamiento del cable, regresaron a la casa de la mina, en donde aguardaban los jefes indígenas para despedirse del embajador.

El embajador y sus acompañantes subieron nuevamente a los automóviles y se encaminaron a Nador, visitando allí en

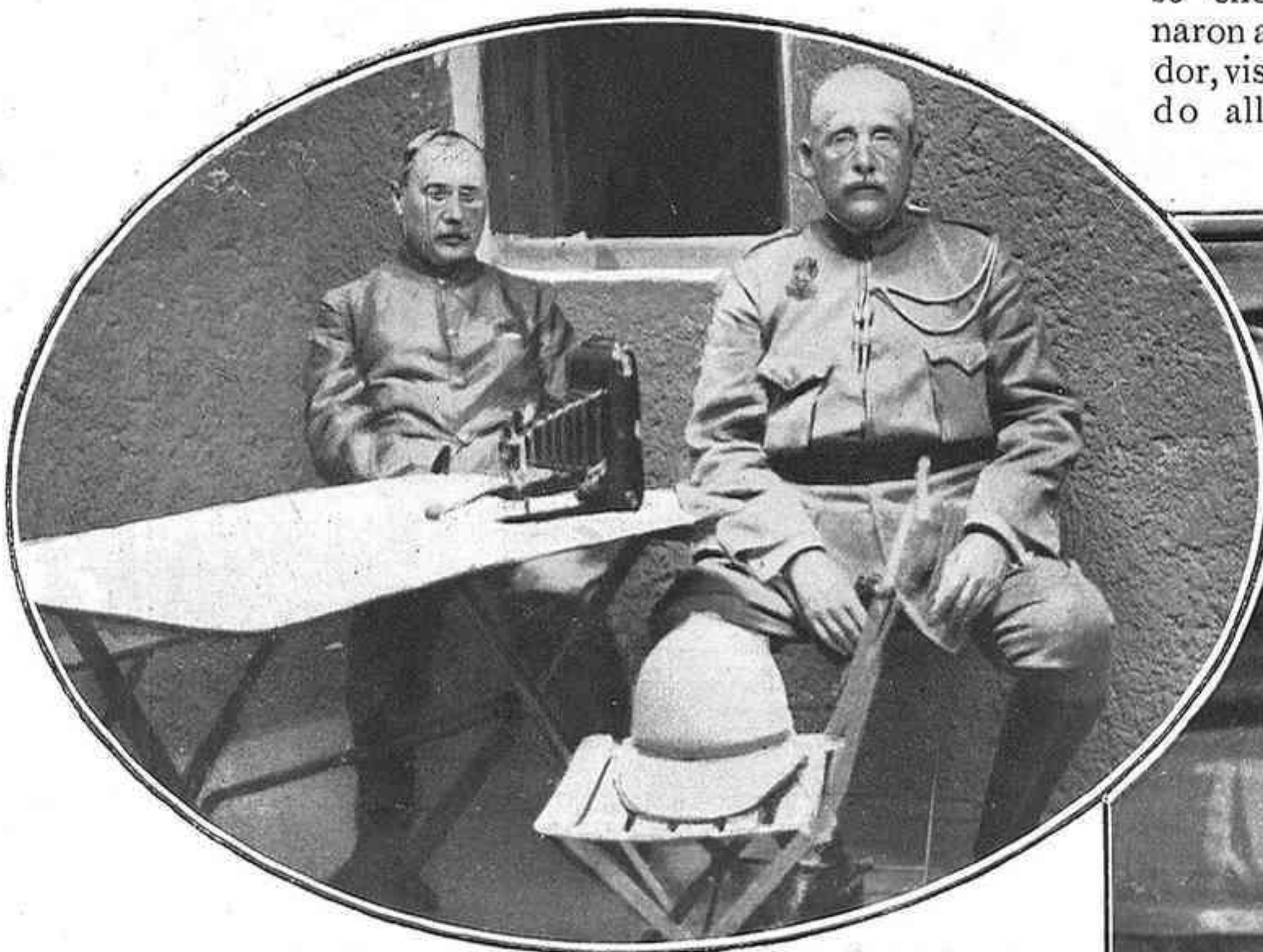


Las fuerzas de caballería desfilando delante del general Jordana y del embajador

Desde allí pasaron al consultorio indígena, que dirige el médico primero señor Vallés, recorriendo las distintas dependencias de la clínica y examinando el abundante material de que está dotada.

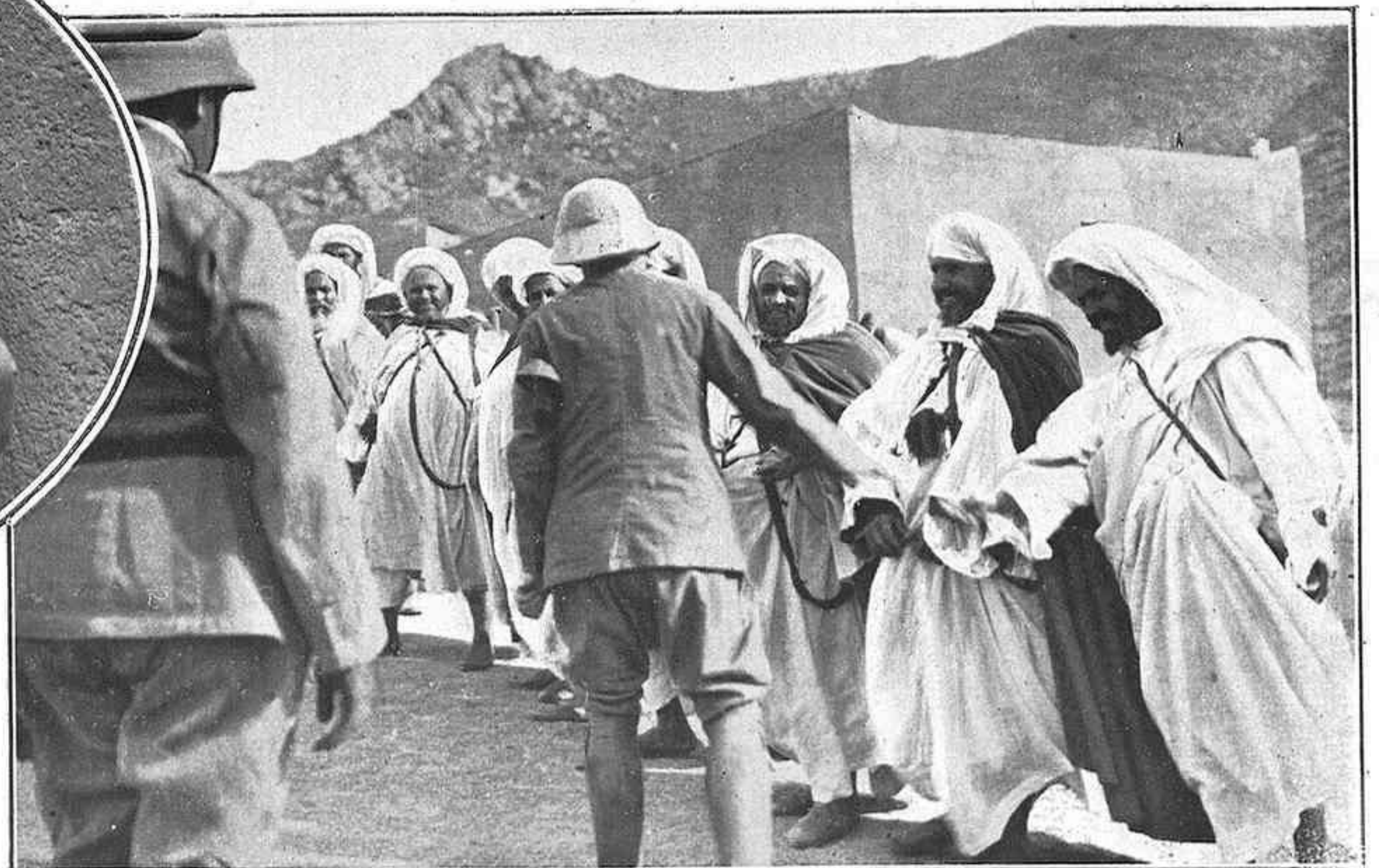
Visitaron luego la enfermería, y terminada con esto la excursión, regresaron los expedicionarios a Melilla.

En los días siguientes, el embajador visitó el campamento de Zaio, la alcazaba de Zeluán, Ishafen, Sammar y Sifasor, quedando muy gratamente impresionado y felicitando con entusiasmo al general Jordana.



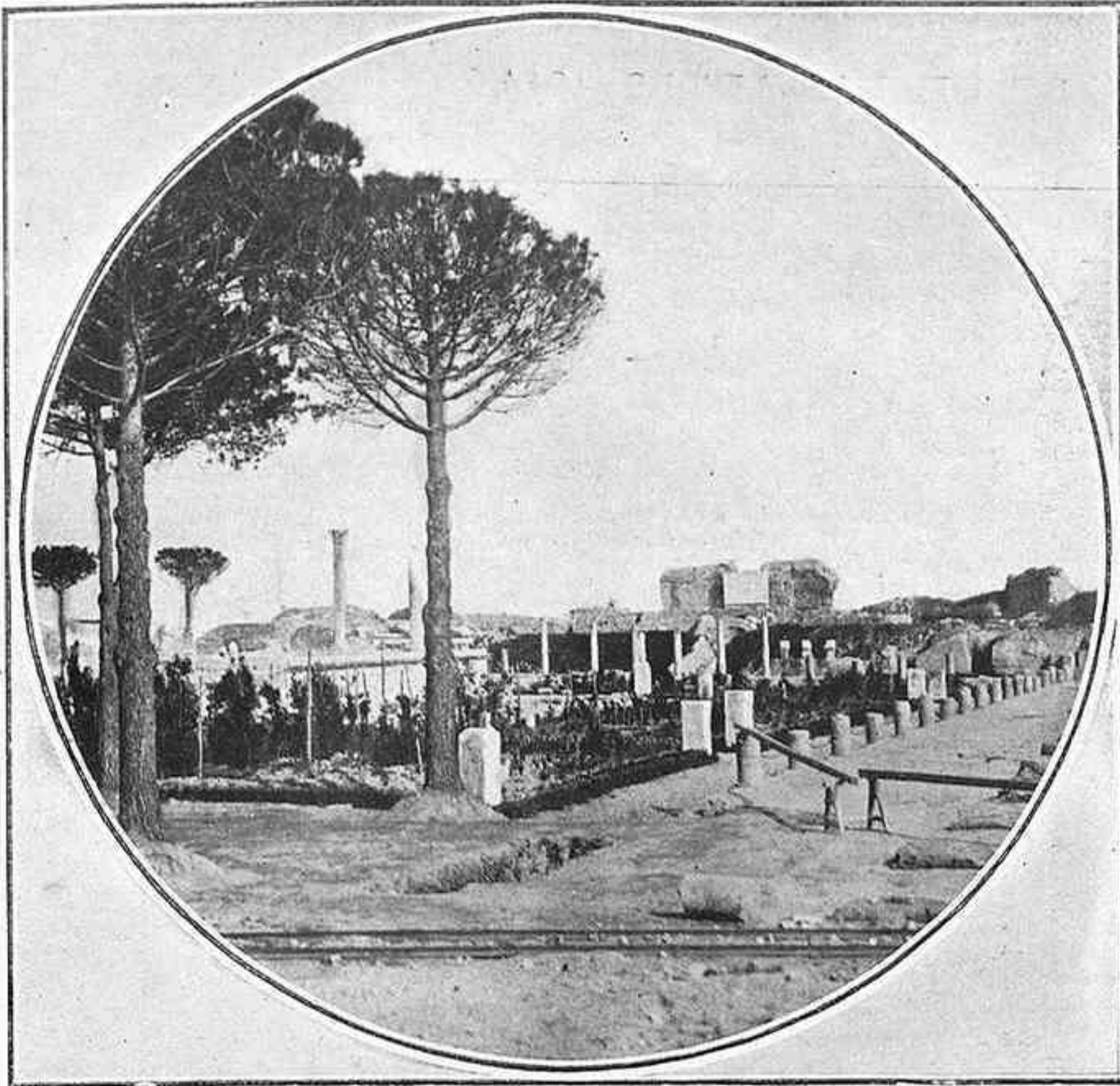
El embajador y el general Jordana en la casa de las minas del monte Uixán

primer lugar la escuela indígena. Mr. Hardinge hizo varias preguntas sobre distintas materias a los niños indígenas que a dicha escuela concurren, quedando agradablemente sorprendido de los conocimientos de que daban muestras. Uno de los alumnos escribió en árabe un afectuoso saludo a mister Hardinge y al general Jordana.



El embajador despidiéndose de los jefes indígenas de los poblados situados alrededor de las minas

LAS EXCAVACIONES DE OSTIA
NUEVOS E IMPORTANTES DESCUBRIMIENTOS



Gran plaza de las corporaciones



Decumano (calle principal) y entrada al teatro

Los orígenes de Ostia se remontan a los tiempos de Anco Marcio, quien arrebató a los vejencios el terreno que se extendía en la desembocadura del Tíber y fundó las salinas y el primer puerto de Ostia; naval por la verdadera estación; surgió allí cuando Roma llegó a ser potencia marítima, probablemente poco antes de la primera guerra púnica.

La decadencia de Roma, a la que servía de puerto, y luego las invasiones, especialmente de los sarracenos, fueron causa de que Ostia se viese abandonada.

Las excavaciones, comenzadas en tiempo de Pío VII, continuadas por Pío IX y después de 1870 por el gobierno italiano, han puesto al descubierto importantes edificios, entre ellos la Puerta principal y la llamada Puerta romana, fuera de la cual están las tumbas, parte de las murallas, el decumano o vía principal con sus pórticos que atraviesa toda la ciudad, las Termas situadas sobre aquella vía, con hermosos mosaicos, la palestra, un gran depósito de agua, la vía de la Fuente, el cuartel, la pequeña iglesia de los mártires ostienses, el teatro con un pórtico en cuyo centro surge un templo, probablemente de Ceres, y a su alrededor las casas de las corporaciones, un santuario notable, el llamado templo de Vulcano, almacenes, especialmente de granos, sobre el río, casas particulares con pinturas, el supuesto palacio imperial, las termas marítimas, etc.

Las excavaciones se realizan con gran vigor y en los últimos tiempos han dado a conocer la existencia de muchos monumentos bellísimos de la ciudad republicana, después de la imperial.

Una breve descripción de los grabados que publicamos en esta página permitirá a nuestros lectores formarse un concepto de la importancia de las excavaciones de Ostia.

La ancha plaza que el primer grabado reproduce, tiene en el fondo el teatro, construido en tiempo de Augusto de

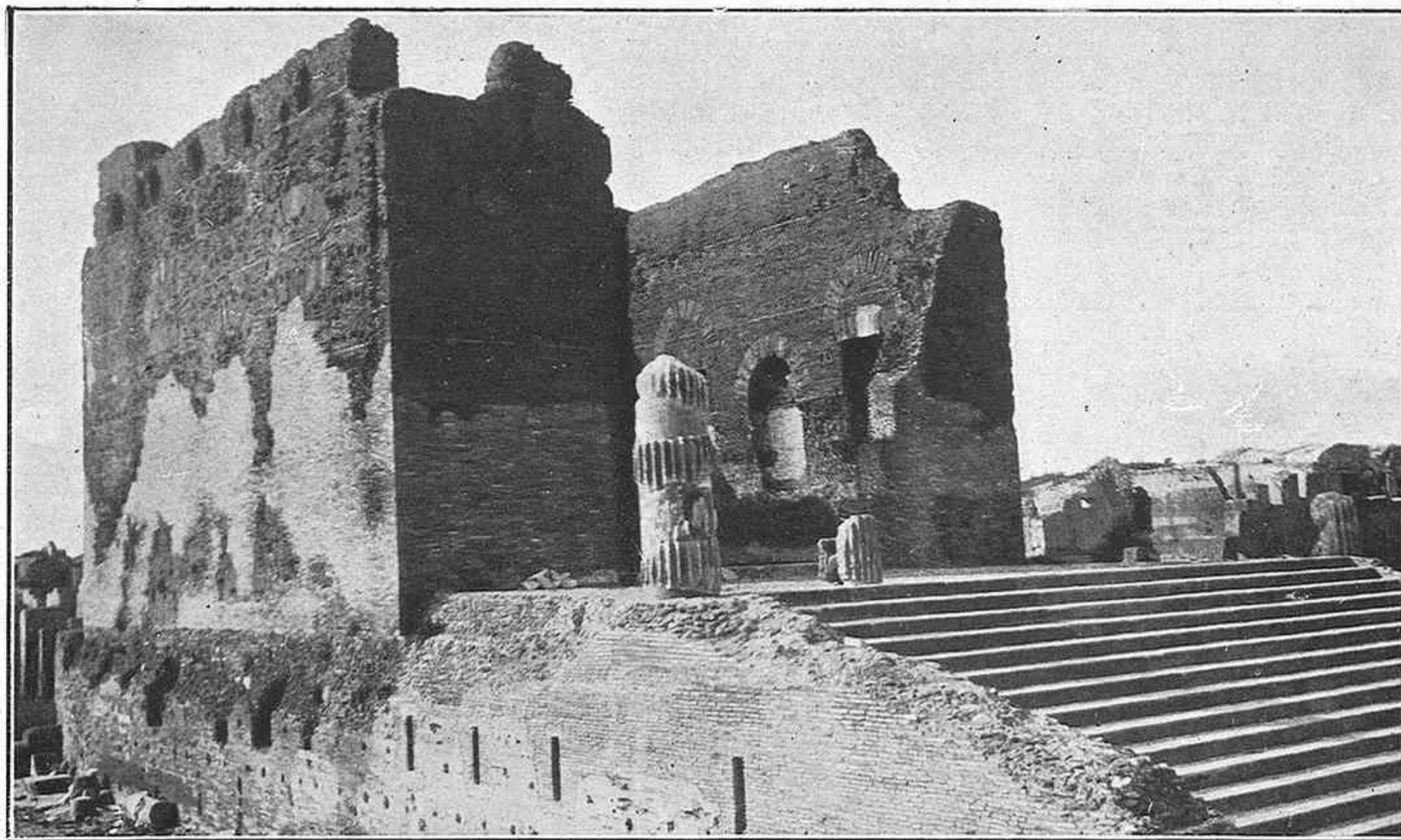
Agripa y ampliado durante el segundo imperio, añadiéndosele entonces el pórtico que se ve en el grabado segundo. Las gradas estaban divididas en tres *meniani* y muy recientemente

man el pavimento. Entre los últimos descubrimientos debidos al Dr. Calza, inspector de las excavaciones, merecen citarse los de las residencias de los navegantes de Cagliari, de los mercaderes que transportaban mercancías en almadías, de los calafates y cordeleros y muchos mosaicos, pero con sin inscripciones, pero con figuras.

Descubierto el final de la plaza por el lado del Tíber, el Dr. Calza se propone encontrar el muelle que debía correr a lo largo del río, con lo cual se conocerá en su integridad aquel grandioso lugar comercial en donde se desarrolló el comercio de Roma durante cuatro siglos. En el centro de la plaza hay un templo, probablemente dedicado a Ceres y construido por cuenta de los comerciantes.

Además de los mosaicos había en aquella plaza varias obras de arte, como la estatua viril descubierta recientemente y a la que se refiere el quinto grabado.

Ostia no es rica solamente en recuerdos comerciales; lo es también en recuerdos de todas las religiones. Muchos fueron sus templos dedicados a los santos latinos y orientales, siendo el más grandioso entre los descubiertos hasta ahora el de Vulcano que nuestro tercer grabado reproduce y que se alzaba majestuoso delante del vasto foro de la ciudad adornado en su frontis con cuatro columnas de granito gris. - C. A. (Fotografías de Carlos Abeniacar.)

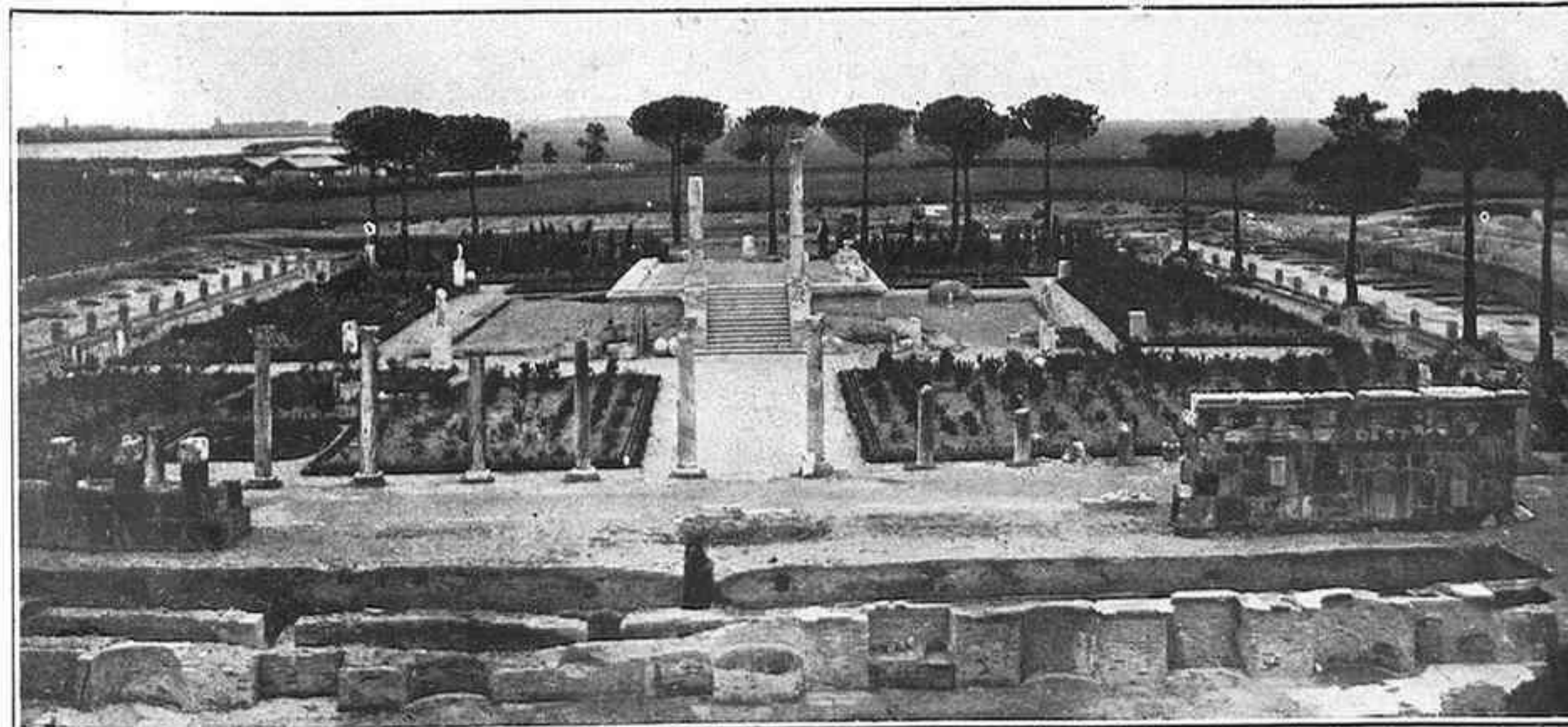


Templo de Vulcano

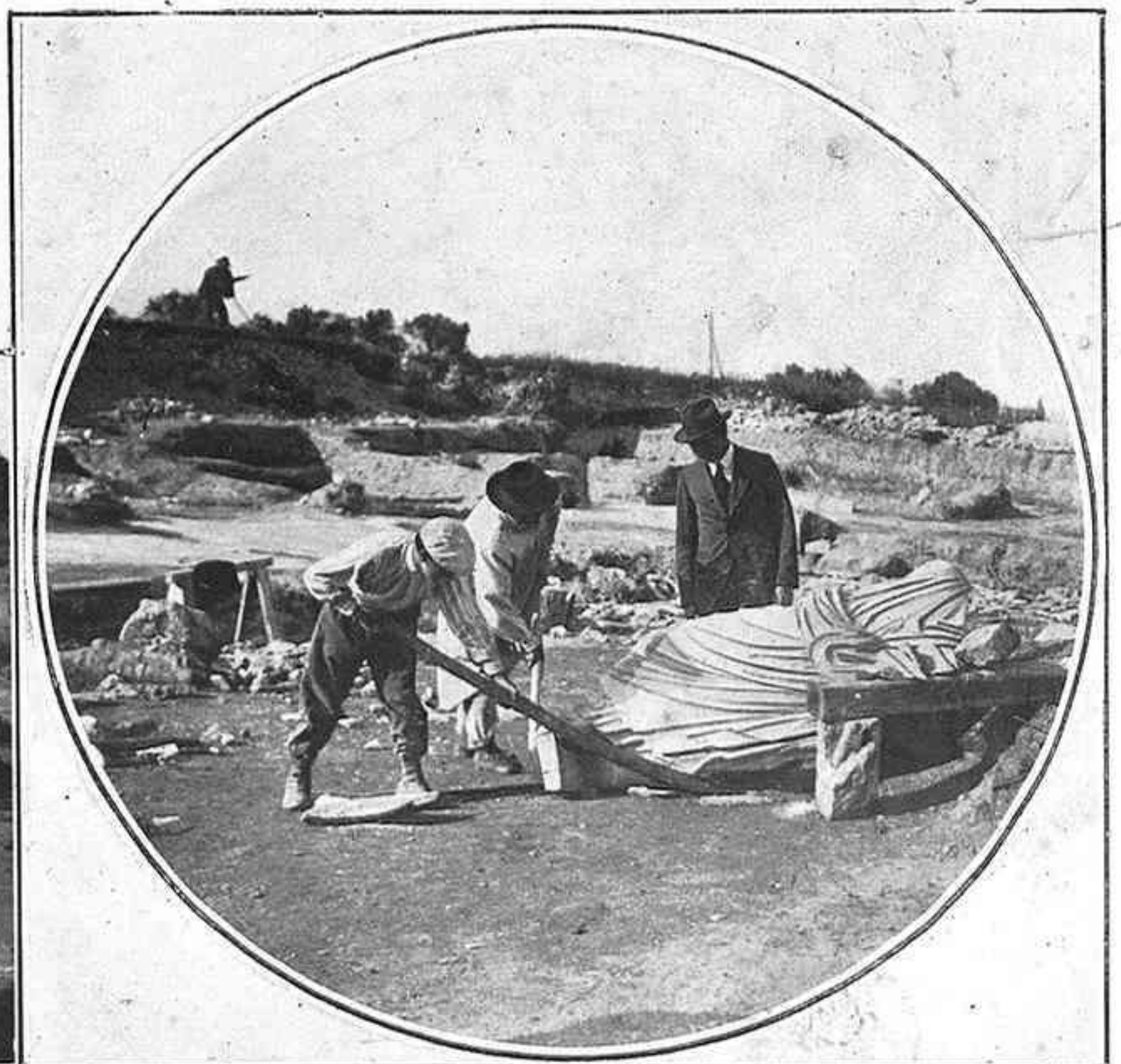
se han colocado en su sitio los fragmentos marmóreos de la decoración del púlpito.

Detrás del muro del fondo del escenario del teatro, del que se ve una parte en el grabado cuarto, ábrese la vasta plaza que fué el centro del grandioso emporio comercial de Ostia; en efecto, debajo de la columnata que circundaba dicha plaza estaban las residencias de los comerciantes italianos y extranjeros que han dejado huellas de la importancia de su comercio y de su país de origen en los interesantes mosaicos que for-

man el pavimento. Entre los últimos descubrimientos debidos al Dr. Calza, inspector de las excavaciones, merecen citarse los de las residencias de los navegantes de Cagliari, de los mercaderes que transportaban mercancías en almadías, de los calafates y cordeleros y muchos mosaicos, pero con sin inscripciones, pero con figuras.



Templo de Ceres, vista lateral



Descubrimiento de una estatua

PARÍS. - SALÓN DE LA SOCIEDAD NACIONAL DE BELLAS ARTES. 1914



RAYO DE SOL, cuadro de J. A. Meunier

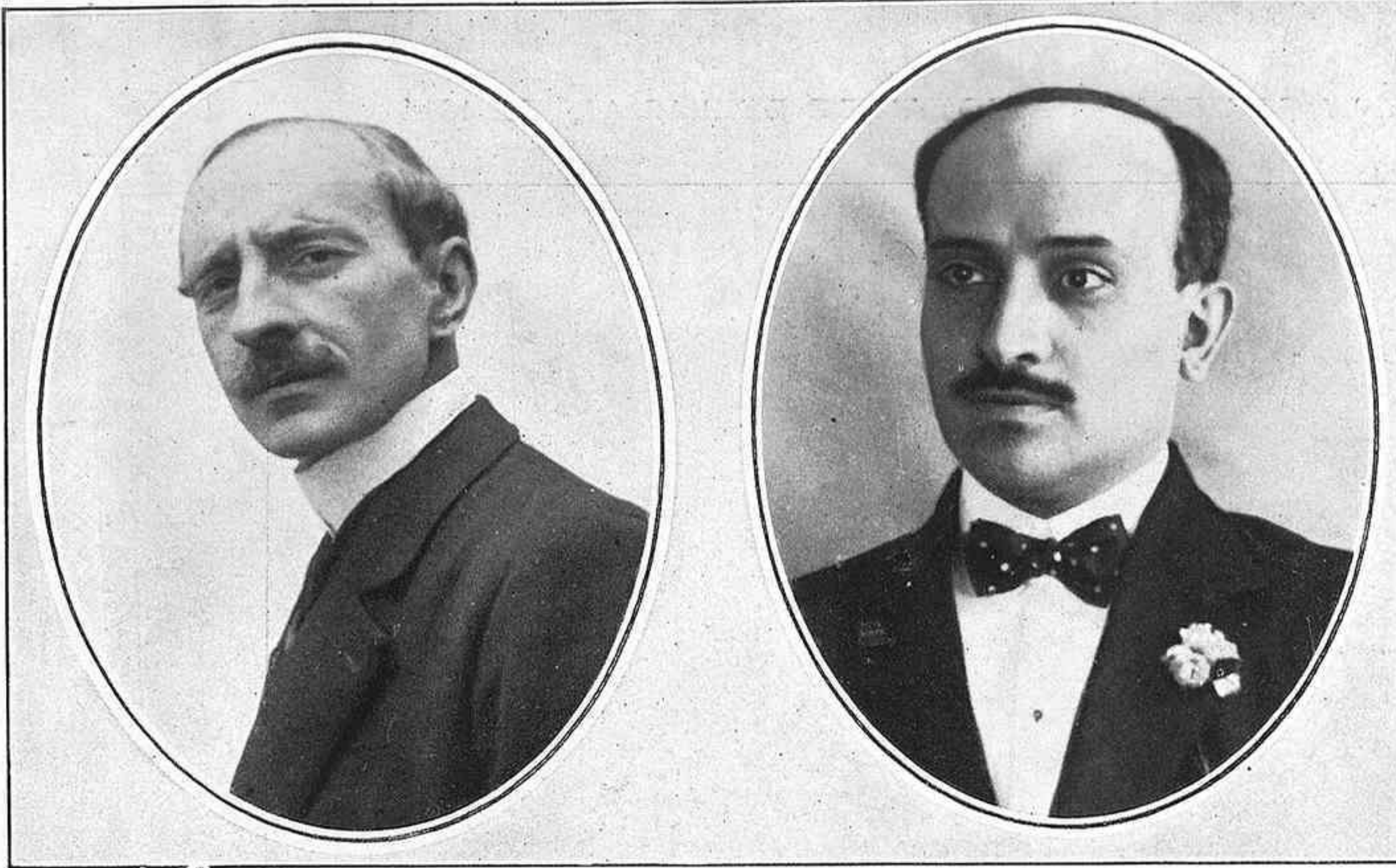
(Reproducción autorizada por el Sindicato de la Propiedad Artística.)

PARÍS.—SALÓN DE LA SOCIEDAD NACIONAL DE BELLAS ARTES. 1914



EL CHAL ENCARNADO, cuadro de H. Richir

(Reproducción autorizada por el Sindicato de la Propiedad Artística.)



D. Enrique López Alarcón y D. Ramón de Godoy, autores del drama en cuatro actos y en verso *La tizona*, estrenado con gran éxito en Buenos Aires por la compañía Morano. (De fotografía de nuestro reportero J. Vidal.)

«LA TIZONA», DRAMA DE LÓPEZ ALARCÓN Y GODOY

La compañía que dirige el notable actor Sr. Morano ha estrenado recientemente en Buenos Aires con grandísimo éxito un drama en cuatro actos titulado *La tizona*, original de los poetas Sres. López Alarcón y Godoy.

Don Lope de Quirós, que es el protagonista del drama, encarna el espíritu aventurero y heroico de los conquistadores españoles de los siglos XVI y XVII. Enamorado de Doña Sol y después de asesinar a un primo de ésta, embárcase con la documentación del muerto, por quien se hace pasar, con rumbo a América en el mismo buque que conduce a su amada. Descubierta el engaño, la marinería se subleva, pero Don Lope domina la insurrección y se adueña del corazón de Doña Sol. Ya en América, Don Lope conquista un territorio, pero requerido luego por La Maya, que simboliza el espíritu del nuevo mundo, a unirse con ella para cumplir juntos su destino, el valeroso guerrero, que simboliza el espíritu castellano, renuncia por ella a todos sus triunfos.

Aunque el argumento es interesante, la prensa de Buenos Aires atribuye principalmente el éxito de *La tizona* a la hermosura de los versos y a los bellos pensamientos que abundan en el drama.

EL ESPINAR. — REPOBLACIÓN FLUVIAL DEL RÍO MOROS.

De algún tiempo a esta parte, son muchas las comarcas de España que se preocupan con la repoblación fluvial, procurando dotar a sus ríos de peces cuya pesca ha de constituir para ellas una fuente de riqueza.

Recientemente en El Espinar, cerca de las sierras del Guadarrama, se ha celebrado una fiesta con motivo de arrojar en el río Moros gran cantidad de truchas procedentes del monasterio de Piedra, fiesta a la que se refiere el grabado que publicamos adjunto.

También en Cataluña, especialmente en la provincia de Gerona, se han hecho importantes ensayos de repoblación fluvial que han dado excelentes resultados.



El Espinar. — Repoblación fluvial del río Moros Echando truchas en el río Moros. (De fotografía de nuestro reportero J. Vidal.)

Todos los periódicos bonaerenses se muestran acordes en consignar la entusiástica acogida que ha obtenido esa obra, que algunos críticos comparan con *Don Juan Tenorio* y *Cyrano de Bergerac*. Trátase de un drama romántico con una idea simbólica, un gran desbordamiento de fantasía y una versificación fácil, clara y deslumbradora.



Madrid. — Una escena de «La flor de agua» (tomada en el ensayo general), leyenda lírica de los Sres. Conrado del Campo y Saíd Armesto, que ha de estrenarse en el Teatro de la Zarzuela

MADRID. — «LA FLOR DE AGUA»

En el momento en que escribimos estas líneas anunciase como próximo el estreno de *La flor de agua*, que seguramente se habrá estrenado ya cuando se publique el presente número.

Trátase de una leyenda lírica en tres cuadros y los nombres solos de sus autores permiten asegurar de antemano que la obra alcanzará un grandísimo éxito. Ha escrito la letra el delicado poeta Víctor Saíd Armesto y la música es del inspiradísimo compositor Conrado del Campo, muy conocido en el mundo musical singularmente por sus admirables poemas sinfónicos, algunos de los cuales figuran en el repertorio de la Sociedad de Conciertos de Madrid.



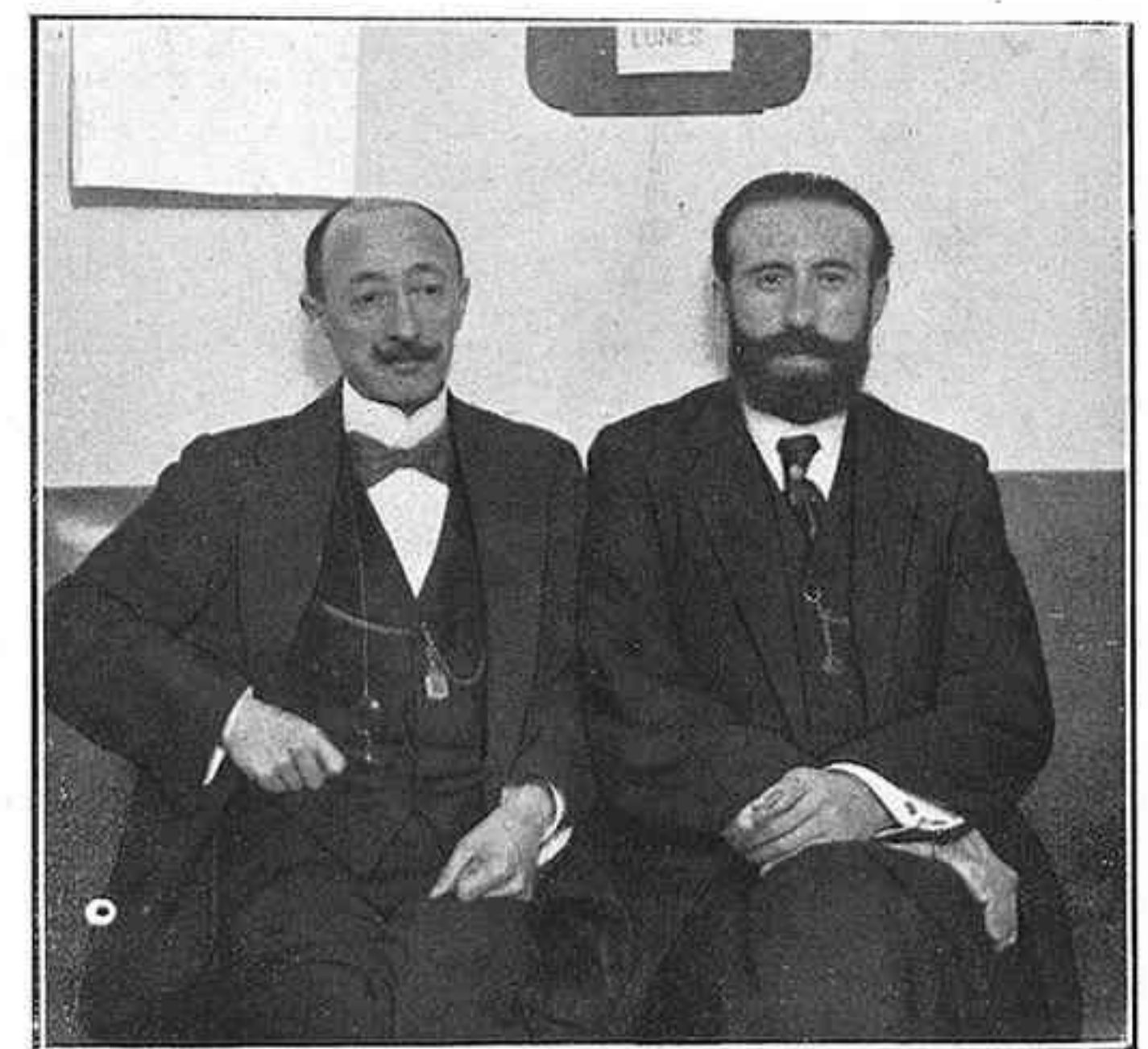
Berta de Suttner, eminente escritora austriaca a quien se otorgó en 1905 el premio Nóbel de la Paz y que ha fallecido en Viena el 21 de este mes. (De fotografía.)

BERTA DE SUTTNER

Esta eminente escritora, recientemente fallecida en Viena, había nacido en Praga en 1843. Hija del conde Kinsky, feld-mariscal y chambelán de la corte de Austria, casóse en 1876, contra la voluntad de su familia, con el barón de Suttner, emigrando el matrimonio poco después a Tiflis, en donde se ganaron la vida él como dibujante y ella dando lecciones de piano.

En 1886 regresaron a Austria y se dedicaron los dos a la literatura; Berta escribió varias novelas que fueron muy bien acogidas, pero la obra que le ha dado mayor celebridad ha sido la titulada *¡Abajo las armas!*, que ha sido traducida en diez y seis idiomas y de la que, sólo de la edición alemana, se han vendido trescientos mil ejemplares. Con el mismo título fundó en 1892 una revista que se publicó en Dresde y fué el órgano del Instituto internacional de la Paz. En 1905 le fué adjudicado el premio Nóbel de la Paz.

De la semblanza de Berta de Suttner escrita por *Angel Guerra*, que hace unos años publicamos en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA entresacamos el siguiente párrafo que ahora, con motivo de su muerte, nos parece oportuno reproducir:



D. Víctor Saíd Armesto y D. Conrado del Campo, autores de la letra y música respectivamente de *La flor de agua*. (Fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)

«Berta Suttner es una adversaria de la guerra. Pero no la combate con un espíritu agresivo, sino con una dolorosa visión sentimental. No se sustrae a los desmayos del corazón poniendo el pensamiento más alto que el doliente espectáculo de los campos desolados, de las casas destruidas, de los hombres muertos, huella que deja a su paso el genio de la guerra. No ve los triunfos ni siente el orgullo de la gloria. Mira sólo las tristezas de amores rotos, de hogares en luto; de pueblos en duelo. Y sobre todas estas desdichas, un corazón, enternecido y misericordioso, deja caer el llanto de sus tristezas. Amá la paz, porque es el trabajo rudo pero fecundo; porque es el amor de los seres y porque representa la dicha en el fondo de los hogares, los más altos así como los más humildes.»

LA VICTORIA

NOVELA ORIGINAL DE PABLO ACKER. - ILUSTRACIONES DE SIMONT. (CONTINUACIÓN.)

Andrés rogó a los Pacot que le dispensaran si se iba y se dirigió apresuradamente a su casa.

Rouard estaba en el patio.

- Rouard, le dijo, ¿quieres que nos estrechemos la mano? Puesto que vamos a separarnos, separémonos como dos amigos que se alejan uno de otro por no seguir el mismo camino.

¿Había pensado lo propio Rouard?

Lo cierto es que sin vacilación tendióle la mano, diciéndole al mismo tiempo:

- Sí, vale más.

Los dos estuvieron juntos amigablemente hasta la salida del tren.

- ¡Te deseo que triunfes de todo corazón!, le dijo Rouard en el andén.

¡Triunfar!

Solo, por la noche, Andrés repetíase aquella mágica palabra que sonaba como hueca y vacía en sus labios. El perro de Pacot le acompañaba. ¡Qué soledad!.. Después de la marcha de Rouard le parecía mayor y más dolorosa en aquella casa desierta, tan distinta de la casa de los Pacot, animada por la gracia de la mujer y la alegría de los niños.

Es cierto que Rouard no le escuchaba con gran atención, pero al menos escuchaba y era un ser vivo.

¿Desde hoy ¿quién oiría sus temores, sus ímpetus, sus certezas, sus dudas?

La dicha está hecha de los alborozos más minúsculos, y sólo es dichoso aquel que sin ambición se encuentra con una suerte modesta.

¿No haría mejor en vivir por algún tiempo como los demás hombres? Tenía una madre, un hermano, una familia. Al lado de ellos recobraría nuevas fuerzas. Desde lejos el hogar que había abandonado le parecía el asilo más amado.

Sin embargo, aun seguía resistiendo a aquel deseo; yéndose y no renegaba de todo lo que había afirmado hasta entonces de la utilidad del retiro para alimentar la energía y de la utilidad de la soledad para alimentar los ensueños exaltantes?

Andrés se acostó; el sueño le libraría de aquellas ideas, pero no podía dormirse. El perro echóse a los pies de la cama; Andrés acaricióle, y el perro sin moverse le respondió reconocido agitando la cola contra el suelo.

Andrés durmióse por fin; al despertarse durante la noche el fiel animal volvía a sacudir la cola contra el pavimento como para decirle: «Estoy aquí.»

Transcurrieron seis días. Andrés erraba ocioso de su casa al campo de aviación. Sentíase incapaz para el trabajo. Su pensamiento vagaba incierto de una idea a otra, sin poder fijarse en ninguna, quimérico y desordenado. Al séptimo día el cartero llegó hasta su taller y entrególe una carta de su madre...

Andrés la abrió seguro de que estaría llena de reconvenientes, pero en cuanto hubo leído las primeras líneas quedóse en sustrato.

La señora de Crayán le daba una trágica noticia. Le Dorat había sido hallado muerto en el rápido de París a Lyon, con el corazón atravesado por una bala. Al principio creyóse que era un crimen, pero pronto hubo de reconocerse que no se trataba más que de un suicidio. Antes de matarse arrojóla por la ventanilla para hacer creer que había sido víctima de un atentado.

No tardó en averiguarse después, merced a rápidas informaciones, que motivaba su suicidio el haber aventurado y perdido su fortuna en desdichadas especulaciones.

Esta desgracia arruinaba a Magdalena. La señora de Crayán se la había llevado a Alsacia para consolarla, protegerla y cuidar de su porvenir. La pobre muchacha daba pruebas del valor más sencillo, no deplorando que la muerte desastrosa de un hermano, al educarla, no la había dado pruebas sino de una extraña bondad.

Andrés leyó la carta por segunda vez.

- Me voy, dijo a Pacot.

Aquella palabra salió de sus labios sin reflexionar ni antes ni después de haberla pronunciado.

El expreso de París pasaba por Amiens a las diez; un tren-ómnibus ponía a Andrés en Amiens a las diez menos cuarto. Metió en su maleta ropa blanca y varios efectos y se dirigió hacia la estación.

XI

Andrés, en el interior del tren que le conducía a Alsacia, no cesaba de reflexionar.

Sin duda la soledad de su retiro había evocado algunas noches la sugestiva visión del hogar familiar...; pero él seguía en el Catois.

La carta de su madre no contenía ninguna reconveniente, no hacía más que anunciar la muerte de Le Dorat y la ruina de Magdalena... y partía inmediatamente.

Sin embargo, la trágica muerte de Le Dorat no le afectaba en absoluto... Si no se hubiese tratado más que de Le Dorat, habría roto la carta sin pensar más en el lamentable fin de una existencia que no le había interesado nunca...

Pero estaban de por medio el honor y la ruina de Magdalena. Esto - Andrés se lo confesaba a sí propio - motivó su súbita resolución, puesta en práctica en cuanto la hubo tomado.

A pesar de esto Andrés se esforzaba por engañarse a sí mismo. Cuando estuvo herido en Etampes Magdalena no se movió de su lado hasta que ya sano el doloroso momento en que una horrible e imprevista desgracia ensombrecía el porvenir de la joven, no hacía más que pagar una deuda de reconocimiento... Acaso pudiera serle de alguna utilidad para salvar los restos de la fortuna de Gastón.

Por todos los y pensamientos no eran más que vanos subterfugios y al través de los fantasmas inventados por Andrés transparentábase la verdad; él amaba a Magdalena. El no pronunciaba todavía esta palabra ni quería pronunciarla. Hacía ya tantos años que la había borrado de su vida, que únicamente el pronunciarla de nuevo era humillarse ante su poder.

Todo lo que admitía Andrés era que empezaba a sentir un sentimiento que traspasaba los límites de la amistad, que no era todavía el amor, que podía llegar a serlo, pero que no lo sería.

Sin embargo, nada más fácil para él que detenerse a la mitad del camino o bajar en la primera estación montando en un tren que le llevase a París.

Châlons, Bar-le-Duc, Nancy sucedíanse una tras otras y él persistía en disculpar su debilidad con la deuda de gratitud contraída con Magdalena. Después de todo, al cabo de tres o cuatro días de haber estado en Rostheim ¿quién le impedía el irse inmediatamente?

Magdalena, que no habría sospechado nada, imaginábase que únicamente una ocupación muy natural había determinado aquel viaje. Una vez en el Catois ya se encargaría Andrés de dominar su corazón.

El tren llegaba a la frontera. La visita de la aduana distrajo a Andrés por algunos minutos, y cuando el tren volvió a emprender su marcha hizo esfuerzos por contemplar el paisaje y no volver a sumergirse en aquel irritante análisis de sí mismo.

Odiaba a Alemania como muchos franceses, sin pensar nunca en la Alsacia-Lorena. Pero ahora imponíase forzosamente a su atención.

Las llanuras de Alemania desfilaban ante sus ojos, sin ofrecerle un espectáculo de una naturaleza distinta; pero los andenes de embarque contruídos en cada estación le revelaban el pensamiento del conquistador, fijo obstinadamente en la preparación de la guerra.

De pronto el tren entró en un estrecho valle. Las montañas coronadas de frondosos bosques que el otoño amarilleaba, encerrábanle dentro, elevando por encima sus enormes rocas de piedra rojiza. A sus pies corría un sinuoso riachuelo acompañado de un canal que bordeaban dos hileras de plátanos. La tierra del campo que extendía el río y del camino de laboreo que se estilaba a lo largo del canal tenían una entonación rosada como las gigantescas rocas. Sobre una cima, de la cual la vía férrea taladraba la base, se elevaba un viejo y ruinoso castillo que tenía autoridad sobre una aldea perdida en el valle.

Comenzaba la Alsacia. El valle daba justa cabida al camino y al canal. Los bosques que cubrían las alturas esparcían hasta el río sus innúmeros aromas, mezclando los dorados follajes de las hayas y de las encinas con los sombríos follajes de los abetos. De

cuando en cuando una torre arrumbada, muros ruinosos evocaban épocas legendarias o bien la montaña con el seno desgarrado por la mina, abría sus flancos escarlatas por donde extraíase la piedra.

No había ninguna nota salvaje ni presuntuosa en aquel paisaje que comunicaba en el acto al espíritu una impresión de riqueza y de gracia algo severa. Los Vosgos fueron esfumándose lentamente en la lejanía y la llanura extendió sus floridas praderas, sus campos, sus sembrados, donde serpenteaban los blancos senderos plantados de árboles frutales y sus aldeas de rojos techos.

Andrés recorría la Alsacia por primera vez y a pesar de hacerlo con tan vertiginosa rapidez, comprendió lo que Francia había perdido al perderla. Sus sensaciones tuvieron bastante fuerza para dominar durante una hora a las que hasta entonces habían predominado en su espíritu, llenándolo de agitación tan viva.

En Estrasburgo en medio del bullicio y de la multitud tan cerca de un sitio a donde le arrastraba una voluntad casi instintiva, los sentimientos más diversos se disputaron el dominio de su alma; el asombro, la cólera, la confusión, el deseo y el temor también de ir hasta el fin... No obstante, se quedó allí esperando el tren de Rostheim...

Hallábase en ese estado en el cual las almas apasionadas sienten el cansancio del combate que en ellas se libra entre la indecisión y el deseo, y se abandonan a la fatalidad con una especie de resignación... A Andrés le arrastró el misterio destino...

El tren avanzaba, azotado por la lluvia, sin apresurarse, al través de una campiña llana, sin ondulaciones ni repliegues, deteniéndose por fin en la estación de Seltheim. Andrés bajó. Rostheim estaba cuatro kilómetros más lejos a orillas del Rhin, en la antigua frontera francesa.

Un jorobado guiaba una *charrete* vacía. Andrés le interpeló: ¿podría llevarle hasta Rostheim? El cochero, que no hablaba más que el dialecto, no entendió muy bien lo que decía el joven en correcto alemán, pero con acento francés. Entonces un parisense que por un casamiento casual, contraído con una mujer del país, terminaba allí su existencia en una casita, rodeada de un jardinillo, abandonó la ventana desde donde había visto pasar el tren y se apresuró a acudir muy alegre de hallar una ocasión que alterase la tediosa monotonía de su vida.

El jorobado aceptó, después de haber estado en la estación para expedir un fardo. El parisense, con charla irreflexiva, contaba a Andrés su vida de burócrata en la Compañía del Oeste, su nostalgia de París y sus ocupaciones actuales.

Por fin volvió el jorobado librando a Andrés de la inagotable verbosidad de aquel hombre. Andrés trepó al vagón sentándose a su lado.

El camino, sinuoso, atravesaba la vía férrea, campos de trigo y bordeaba un riachuelo sobre cuyas aguas dormidas flotaban muellemente las anchas hojas de los nenúfares convirtiéndose al poco rato en un hondo sendero entre bosques. Caía una lluvia fina y compacta. Los conejos, a quienes la proximidad de la noche atraía hacia los prados, levantaban las orejas, metiéndose asustados en sus madrigueras; un corzo que se aventuraba entre los árboles huyó lleno de terror. La senda, abandonando los bosques, desembocó en una alameda de plátanos. Bajo el cielo achatado y gris que ocultaba la Selva Negra, el ruido bullicioso de la corriente del Rhin, invisible tras el dique, mezclábase al estremecimiento de los álamos que bordean sus orillas.

De pronto apareció la casa hacia la izquierda, cerca de la granja, silenciosa y protegida por los árboles, con su gran techo de tejas rojas ennegrecidas por los años, flanqueada por dos alas más bajas, a donde agarrábase la roja dulcamara.

El vehículo hundió sus ruedas en la arena húmeda. Ladraron los perros, y una niña que estaba jugando en el patio y que era hija del dueño de la granja quedóse mirando inmóvil al carruaje del que se apeó un joven. En el primer piso abrióse una ventana, asomándose una joven de luto que volvióse gritándole a alguien que estaba allí: «Andrés, es Andrés.» Y en aquel grito vibraba un júbilo que no trataba de ocultarse.

La propiedad era una de aquellas moradas sencillas y cómodas en donde las familias alsacianas gustaban antes de unir al confort tradicional del país la gracia del gusto francés. La señora de Crayán no había hecho en ella ningún cambio. Las habitaciones, tapizadas con antiguas cretonas de Mulhouse, repetían en las cortinas de las ventanas los claros dibujos y conservaban sus antiguos muebles que tenían un encanto especial.

En medio de una gran calma que infundía un grato reposo en el espíritu, turbada apenas por el paso de los largos remolcadores por el río, se alzaba la casa en los mismos límites de la antigua frontera, separada del dique por un seto de zarzales que dividía una puerta con verja. Por detrás y por los lados no había más que praderas y bosques. En frente la Selva Negra limitaba el horizonte tan cerca, que en las tardes apacibles y claras, el castillo de Bade perfilaba su blanca silueta.

En cuanto Magdalena reconoció al joven bajó a recibirle con la señora de Crayán. La belleza melancólica de la joven realzada por su traje de luto, su rostro en el que las lágrimas habían impreso sus profundos surcos produjeron en Andrés una gran impresión, en la que había al mismo tiempo que una tierna piedad una dulce alegría.

La señora de Crayán llevóse al salón. ¡Qué llegada tan imprevista! ¿Por qué no había telegrafiado? ¡Qué sorpresa tan grata! La alegría de tener allí a su hijo, hacía olvidar el infortunio de Magdalena... Andrés se lo recordó al dirigirse a la joven:

— La carta de mamá me ha puesto al corriente de la desgracia que la aflige a usted... Yo no he olvidado nunca los cuidados que me prodigó usted cuando estuve herido..., y pensando que de algo pudiera servirle mi ayuda me he apresurado a venir.

De este modo, disculpándose a sus propios ojos, quería darle una explicación natural de su presencia.

— ¡Gracias!, le dijo Magdalena, haciendo una leve inclinación de cabeza.

Andrés agradecióla más aquella palabra única que toda una frase en la que no hubiese vibrado un acento tan sincero.

Sin embargo, ni aquella tarde ni al día siguiente la habló de la muerte de Le Dorat, temeroso de que ella pudiera creer que quería imponerle su ayuda o sus consejos. Observábalas vivir y la observaba así sencillamente, porque amaba su rostro.

La señora de Crayán dejaba que cayese todo el peso del cuidado de la casa sobre Magdalena, aunque no era difícil de llevar, puesto que Pedro, tras una breve permanencia, se había vuelto a París.

Magdalena seguía siendo la misma joven que Andrés conoció en Etampes con la única diferencia de que en Etampes vestía de blanco y en Rostheim de negro, siempre activa, solícita y abnegada; pero con un velo de tristeza que conmovía más su corazón.

Hasta dos días más tarde, no le habló Magdalena de sí misma. Fue en el salón; llovía aún con una lluvia copiosa y violenta, acompañada de un viento impetuoso que despojaba de su verde ropaje a los árboles. Bajo un cielo lívido, el Rhin, aumentado su caudal, rebasaba encolerizado sus orillas... Magdalena tocaba al piano la novena sinfonía; Andrés entró sin que ella advirtiese su presencia. El no había frecuentado nunca los conciertos y había preocupado muy poco hasta entonces de la música y de los músicos, pero aquella queja desesperada ante la imposibilidad de la dicha, sacudió poderosamente sus entrañas... ¡Era el eco fiel de tantas cosas que sentía hacia unas cuantas semanas!.. Fue tan intensa su emoción que sus ojos humedecieron... Cuando Magdalena hubo terminado dirigióse hacia ella.

— ¿De quién es eso?, preguntó imperiosamente.

Magdalena repuso algo turbada:

— ¿Estaba usted ahí?

Y añadió después:

— Es de Beethoven.

Magdalena estaba sentada en el taburete, ante el piano. Entonces, sin preámbulos, como más cerca del alma de Magdalena a causa de la emoción producida por la música, la dijo:

— Y ahora que ha muerto su hermano ¿qué piensa usted hacer?

Magdalena pensaba en su porvenir gravemente, pero sin miedo. Su hermano no la dejaba nada. Mientras él vivió ella no tenía más preocupación que los placeres. Sin embargo, había trabajado mucho, tenía sus títulos de maestra, hablaba corrientemente el inglés y, para complacer a su hermano, dedicóse también a estudiar la dactilografía y la estenografía. No estaba pues desurmada para la lucha de la vida y el trabajo no la infundía ningún temor. Eso sí, no quería ser institutriz en casa de una familia; pero crearía un curso para enseñar la dactilografía, la estenografía y el inglés a las jóvenes que se dedicaran al

comercio. Abridaba la esperanza de tener muchas alumnas, gracias a sus excelentes relaciones. En cuanto regresase a París dentro de tres semanas empezaría a trabajar en ese sentido. De este modo conservaría su independencia.

Andrés observó que Magdalena poseía ese amor de la acción que caracteriza a la generación a que ella pertenecía, su sentido práctico y su realismo.

Nada la importaba a la joven perder su fortuna y todas las comodidades y placeres inherentes a ella con tal de conservar su libertad. Andrés la dijo, con gravedad y en términos casi parecidos, lo que le dijo en Etampes en el campo de aviación.

— Cada vez la conozco a usted mejor.

— Pero si así somos todas, dijo la joven. Es que no se nos juzga más que por las apariencias.

Y añadió con sonrisa melancólica:

— No cabe duda de que nosotras tenemos casi la culpa.

Magdalena a su vez interrogóle acerca de su vida. Andrés se lo dijo todo, su ardor en las primeras semanas, la marcha de Rouard, su desaliento y el único consuelo que le proporcionaba la serena felicidad de los Pacot. A causa de un olvido inconsciente omitió los consejos de la señora Pacot. Pero confesó cuánto le hacía sufrir su soledad... Y mientras decía todo esto admirábase de faltar a la discreción y reserva que al entrar allí se había impuesto. Ella le preguntaba y él no podía por menos de responderla, bajo el influjo de aquella mirada tan dulce. Mucha necesidad tenía de desahogar su espíritu, cuando se expansionaba con tan ingenuo abandono.

Andrés admirábase también de ver la prontitud con que Magdalena entendía todo lo concerniente a su aparato, el mecanismo de las ruedas fijas en forma de abanico y el de las dos hélices. También Magdalena le decía como Pacot: «Acabará usted por triunfar, estoy segura de ello», sino que sus palabras llevaban a su ánimo más persuasión que las de Pacot. Ella le confesó la promesa que hizo en Etampes a la señora de Crayán y que a última hora no se creyó con derecho de cumplir.

Transcurrieron algunos días. Magdalena hablaba con Andrés de sus proyectos; ambos discutían, ella le tocaba Beethoven o Chopin, pues él prefería la música sentimental o desesperada, o se paseaban a orillas del Rhin sobre las piedras resonantes de la ribera, por los bosques en donde bajo las cañas duermen los estanques, por los estrechos senderos de los campos, de entre cuyas matas salían volando a veces pesados faisanes matizados de oro. Recuerdos de Etampes acudíanle a la memoria. Si Andrés a veces le decía: «¿Se acuerda usted?», Magdalena podía repetirle a sí mismo, al cabo de un instante, las mismas palabras: «¿Se acuerda usted?» Y sus frases hacían revivir momentos pasados.

Parecían dos hermanos, pero Andrés sentía que estaba enamorado.

XII

Sí, estaba enamorado.

Pero así como antes, al verse dominado por una encantadora mujer, Andrés avergonzabase de su humillación y luchaba desesperadamente para recobrar su libertad, hoy se sentía sin fuerzas para luchar contra Magdalena; es más, gustaba de verla, de oírla, de hablarla, de vivir cerca de ella, saboreando un placer sin remordimientos. Todo embotaba sus sentidos: el curso tranquilo de las horas, siempre iguales a sí mismas; la ternura de una madre, la gracia de una muchacha herida por el dolor; hasta aquel paisaje solitario, a cuyo lado parecía tan viva la agitación de los hombres.

Hay un momento siempre en la vida, en que las almas más tempestuosas y aventureras sueñan con una dicha monótona y pura. ¡Y qué poder tan inmenso tiene sobre los que han vivido demasiado, como sobre los que no han querido vivir nada, el indefinible encanto de una mujer joven! ¿No lleva acaso en sus manos inocentes, en su sonrisa confiada, todas las promesas de una nueva primavera? El corazón más gastado se conmueve y el que no ha latido aún se despierta.

No obstante, Andrés quiso hacer un supremo esfuerzo, para volver a recobrar su libertad; no; tantos años laboriosos, vividos lejos del mundo, con la firme voluntad de no sufrir todo lo que sufrían los demás, no debían parar en aquella lamentable derrota de sus convicciones y teorías. Creyó romper el yugo huyendo de Magdalena, evitando los largos coloquios, no volviendo a rogar que tocara a Beethoven, pretextando fatigas pasajeras para no acompañarla en sus paseos. Pero no se iba, la veía siempre, y si por casualidad huía de él también irritábase secretamente. Entonces juró partir.

— Pero ¿qué es lo que tiene?, decía la señora de Crayán, alarmada y cruzando las manos. Va a irse, estoy segura, va a irse, decía a Magdalena.

La joven no desplegó los labios.

Andrés dejó transcurrir la semana. El lunes, por la tarde, estando los tres en el salón, él al lado de su madre, en el canapé, y Magdalena cerca de la ventana haciendo un gorrito de punto para la nietecita de la cortijera, Andrés se inclinó hacia la señora de Crayán.

— Magdalena, exclamó la señora de Crayán, Andrés quiere irse el jueves.

La joven volvióse hacia ella con cierta viveza, pero en seguida, como si se arrepintiese de aquel movimiento, dijo con voz muy tranquila:

— Es muy natural que Andrés quiera volver al Catois, para trabajar.

Y siguió ocupada en su labor, mientras que la señora de Crayán lamentábase acerca de la súbita terminación de su hijo.

Al cabo de unos instantes Magdalena levantóse y salió.

Andrés, sorprendido, la siguió con los ojos.

Magdalena atravesó el salón, y después el comedor, con aquel paso ligero, que le era tan habitual y prestaba a su cuerpo tan elegante soltura. En vano la señora de Crayán interrogó a su hijo. ¿Por qué se había ido Magdalena? Eso era lo que se preguntaba él a sí mismo. El quería irse, pero no quería que a Magdalena le fuese indiferente su partida. La señora de Crayán, cansada de hablar inútilmente, se retiró. Andrés salió al jardín; Magdalena no estaba; abrió la barrera, tomó por el camino del dique, y vio a Magdalena a unos doscientos metros hacia la derecha.

Había llovido toda la mañana, pero el azul pálido del cielo que se había ido despejando poco a poco, mostrábase al través de las desgarradas nubes; sin embargo, hacia el Sud rodaba un tropel de cenicientas nubes. Se había calmado el viento, los álamos, cuyas raras siluetas se alargaban en el agua, movíanse apenas, y grandes cuervos volaban graznando sobre la corriente del Rhin. Oíase el esfuerzo regular de un remolcador oculto aún por un recodo del río y cuya presencia revelaba una espesa columna de humo al remontarse en el aire. Magdalena marchaba por el dique con un quitasol-paraguas en la mano, flotándole por la nuca el negro velo de su sombrero.

Andrés no tardó más que algunos instantes en reunirse a ella.

Magdalena volvióse al ruido de sus pasos y él no supo cómo explicar su presencia.

— Va a llover más; no es prudente que se aleje usted de la casa.

— ¡Oh!, no, respondió ella; no lloverá más; mire usted el cielo.

Un sol pálido y débil arrastrábase por las orillas. El remolcador, visible al fin, luchaba contra la corriente. Con el pabellón de Alsacia en la proa y el casco obscuro pintado de una amplia faja azul avanzaba penosamente, mientras que las olas espumosas al estrellarse contra sus ruedas sacudían con ímpetu la barca remolcada.

Detrás del remolcador y a bastante distancia la una de la otra dos negras barcazas cargadas de carbón, con el ánora suspendida en la popa, tiraban de los cables de acero. Los camarotes enderezaban en la popa su armazón de madera amarilla, en la que encuadrábanse estrechas ventanas con visillos blancos. Desde el remolcador un hombre saludó alegremente a Magdalena, que le devolvió su saludo.

Inhábil y torpe para hablar con las mujeres, pues ignoraba el arte de disfrazar su pensamiento y de preparar las frases triviales que preceden a las frases más graves, Andrés indignábase de aquella calma de Magdalena quizás sincera y quizás afectada.

— Partiré el miércoles y no el jueves, la dijo.

Magdalena seguía callada.

— ¿No la sorprende a usted mi marcha?

A ella no pareció causarla sorpresa el acento nervioso de la voz de Andrés.

— Me sorprendería si olvidase usted lo que le llama al Catois.

Andrés encogióse de hombros.

— ¡Oh! ¡el Catois!

Y mordióse los labios para retener las palabras que vibraban ya en sus bordes.

Magdalena echó a andar indiferente y tranquila. Pero Andrés no quería verla tan reposada y serena, mientras que su razón por culpa suya hacía tantos días que andaba tan tempestuosa y tan revuelta, y en aquel momento más que nunca.

— Si me voy, la dijo a boca de jarro, es porque la amo a usted.

Magdalena se detuvo, poniéndose al mismo tiempo muy pálida.

- Sí, sí, repitió él en seguida como si cediese más bien a un movimiento de cólera que a un movimiento de amor, la amo a usted... Yo creía no llegar a amar nunca..., no quería amar... ¡Y es a usted a quien amo..., usted que tan antipática me era no hará más que unos cuantos meses!. Si mi soledad me ha hecho sufrir tanto en el Catois era porque usted no estaba allí... En vano he querido negármelo a mí propio... Era usted la que yo echaba de menos... era su voz, era su rostro y su sonrisa... Y si he venido inmediatamente después de haber recibido la carta de mi madre es porque me puse por pretexto su desdicha... Sí, yo podía correr..., volar hacia usted puesto que era desdichada... ¡Ah! hay que reirse de las resoluciones más firmes y de los principios más arraigados..., una mujer nos mira y ruedan todos por el suelo...

Ella se llevó las manos a los ojos.

- Pero usted, continuó él, usted no me ama, no me ama.

Andrés la hablaba como si ella tuviese la culpa.

- No, no me ama usted. Nada más natural que me ama ¿no es cierto? Usted no ha sabido ver lo que pasaba en el interior de mi alma, ni el motivo de mi venida, como tampoco ni por qué me quedaba, ni por qué me marché... Además ¿por qué había usted de amarme? Usted no se acuerda más que de mis pasadas burlas y de mis desdenes antiguos... Usted no me ama, usted no me ama.

Con un gesto brutal la obligó a descubrirse el rostro. Magdalena miróle con tristeza.

- Yo no he dicho nunca eso, Andrés.

En el cielo, casi sin nubes, descendía el sol.

Al pie del dique una muelle ondulación encorvaba y erguía las cañas de penachos violáceos.

Calmada la fiebre de Andrés balbució con voz trémula:

- Usted no me ha dicho nunca que no me amaba... No me he engañado... He oído bien.

Magdalena, silenciosa inclinaba la frente.

- ¿Me ama usted, entonces?, interrogó él con ardor imperioso.

- Le ruego a usted, dijo ella extendiendo la mano.

Andrés no era de los que se satisfacen con súplicas ni con quejas; únicamente las palabras tenían sentido para él.

- Es preciso que me diga usted, es preciso que me diga usted...

Ella irguió la cabeza y miróle con ojos serenos.

- Le amaba cuando usted no me amaba aún.

Sobre los prados, en los linderos del bosque, comenzaba a flotar un vapor blanco. No se oía más que el murmullo bullicioso del agua entre las riberas del río, y a lo lejos, en el país de Bade, el rodar amortiguado de un tren.

Magdalena, a quien había turbado sobremanera la confesión que Andrés acababa de arrancarle, le dijo en tono implorante:

- ¡Déjeme usted, déjeme usted!

Andrés no la obedeció y al tomar ella el camino de la casa la siguió a unos cuantos pasos de distancia, no porque no se atreviese a acompañarla, sino para verla marchar delante de él tan joven, tan alada y tan bella. Un júbilo no sentido hasta entonces exaltaba su espíritu, el júbilo de amar y ser amado, el júbilo de haberse libertado de tantas vacilaciones y temores, y de ver con tanta claridad dentro de sí mismo y de su vida el júbilo del amor puro y verdadero.

Así llegaron a la casa. El sol brillaba rojizo en el luminoso firmamento.

- Magdalena, dijo Andrés, como si la diese una orden.

Ella, que entraba entonces en el jardín, volvióse a mirarle.

- ¿Quiere usted ser mi mujer?

- ¿Su mujer de usted?

Magdalena sintió miedo repentinamente ante aquel semblante contraído.

- ¿Está usted seguro de amarme verdaderamente? Andrés respondió:

- ¡La amo a usted!

XIII

Es una verdad trivial que es en balde despreciar el amor. Siempre en un momento dado y cuando menos se imagina se convierte en el soberano absoluto y hasta los que se enorgullecen de ignorarlo, sufren con más violencia su poder, una vez que los hace sus esclavos.

Andrés le perteneció por entero desde que se hubo abandonado a su yugo, no existiendo desde entonces para él más que Magdalena.

Amaba a Magdalena y Magdalena le amaba; ¿qué necesidad había pues de un largo noviazgo?

Quería llevarse a su mujer, como un botín, lo más pronto posible.

La señora de Crayán contaba con que Magdalena y Andrés se irían a pasar unas cuantas semanas en Italia; ella, de recién casada, paseó su ternura por aquel bello país y no concebía que se pudiese hacer otro viaje de novios.

Pero una nueva sorpresa añadióse a las que le había causado aquel casamiento tan precipitado y tan rápido, cuando Andrés la anunció que se iba con su mujer a la Alemania del Sud.

Para la señora de Crayán los únicos países del amor eran los del Mediodía donde el mar refleja el eterno azul del cielo. ¿Cómo puede uno imaginarse dichosos a dos jóvenes amantes bajo las brumas de un cielo septentrional?

Andrés, al contrario, temía a Venecia, a Bellagio, a Roma, a Siena, a Florencia, a todas esas ciudades grandes o pequeñas, cosmopolitas o a la moda, donde a la vuelta de una esquina, en una plaza, en una iglesia surgen inevitables e importunos, conocidos solícitos que no le dejan a uno un momento de libertad. Pero en noviembre nadie visita Alemania; allí ningún molesto pegote turbaría su felicidad.

Al principio los novios no fueron realmente dichosos. En las naturalezas apasionadas que se han mantenido por mucho tiempo castas, el amor se desarrolla a menudo como una especie de fiebre dolorosa. Le atormenta el deseo del infinito, pero siempre insaciable... pues la posesión del objeto que ama no le parece nunca bastante completa..., por lo que es frenético y sombrío.

Así le pasó a Andrés, al menos en los primeros días. Su amor violento, apasionado y receloso, que se inquietaba ante un gesto, ante una sonrisa, ante el silencio, y que exigía la continua presencia del ser amado, parecíase muchas veces al furor, a Magdalena hubiese vertido muchas lágrimas, a no discernir que el llanto en lugar de enternecer a su marido, despertaría en él la desconfianza y quizás la cólera.

Ella supo hallar en su propio sentimiento tan profundo como el de su marido, pero lleno de pudor, la fuerza instintiva de soportar sin descubrir su terror, aquella tiranía pasajera de Andrés. Compañera afectuosa y tierna de una serenidad inaltable, sagaz y casta sin pedantería, aunque ignoraba muchas cosas, no quiso ser ni la esclava ni la dueña de su marido, sino su mujer, revelándole otro amor más bello y que realiza únicamente la unión de dos corazones.

El otoño en que ya había atisbos del invierno presentóse húmedo y lluvioso y cargado de nubes tempestuosas que rasgaban de cuando en cuando los pálidos rayos del sol. ¿Qué les importaba el tiempo a los dos enamorados? Los que se aman llevan dentro de sí mismos todas las bellezas del mundo. Ora chorreando agua, ora luminosas bajo los medrosos resplandores solares, encantábanles las estrechas calles de Nuremberg o las grandes plazas de Múnich por el solo hecho de recorrerlas juntos.

Todo le parecía a Andrés admirable, divertido o encantador únicamente porque Magdalena estaba a su lado. Una segunda juventud florecía en él o mejor dicho derrochaba, en su embriaguez, la reserva de juventud que, al consagrarla al trabajo, había conservado intacta y fresca. A menudo, al atravesar las ciudades, un transeunte volvíase para mirar a Magdalena y Andrés adivinaba que él decía «Es una francesa». Era una francesa, en efecto, si por esto se entiende lo que el gusto delicado añade a la elegancia natural de una mujer y ningún otro elogio podía halagar mejor la vanidad de Andrés. Refíase con un placer ingenuo.

Entre tantas mujeres pesadas, vulgares y sin elegancia a quienes hace más ridículas aun su descuidada manera de vestir, Andrés saboreaba más la gracia de la esbelta y grácil joven a quien había ligado su vida.

Dócil a sus deseos, atenta siempre a prevenirlos Andrés maravillábase de tener que agradecerla tantos goces nuevos. La visita de una iglesia o de un museo, la audición de un concierto, un paseo al azar, eran para él causa de continuas delicias. Andrés seguía a todas partes a Magdalena, miraba lo que ella miraba, y compartía su entusiasmo.

¡Qué emoción tan grande sintió en la pinacoteca de Múnich ante el Sileno de Rubens y los cuadros de Rembrandt. Y eso que la pintura, hasta entonces no había tenido para él ningún atractivo. Pero ahora un gran amor sacudía todas las potencias de su alma; amaba el pensamiento de Magdalena, amaba sus palabras y sus hechos.

Cuando en el Museo del Ejército, en aquel mismo Múnich, Magdalena, llagada el alma ante los grabados que representaban a los soldados franceses huyendo de los soldados alemanes, trazaba con lápiz

sobre el muro con grandes caracteres: ¡Viva Francia!, él aplaudíala de todo corazón.

La sencilla vida familiar de la calle regocijábale también. Una mañana, en Nuremberg, divirtiéronse ambos como dos chiquillos en aquella antigua posada de la Campana de salchichas, donde a eso de las diez va la gente a comerse tranquilamente una salchicha asada y a beberse un vaso de cerveza.

Una mujercita rubia, pintada, frívola y gestera descendió de un gran automóvil que conducía un gigante pelirrojo, vestido con una piel de oso. Los dos entraron en el establecimiento; el gigante, que tenía un aire bonachón, empezó a comer y a beber copiosamente, pero la mujercita miró con un mohín de desagrado su plato, su vaso y a todos los clientes que engullían como lobos y levantándose al poco rato, llena de asco, subió otra vez a su automóvil, donde arrellanóse huyendo de aquel ambiente vulgar. El gigante, perplejo, vacilaba en renunciar a aquel delicioso manjar para ir a reunirse con su muñeca.

Durante estos paseos o en la tranquila soledad de un restaurante o por la noche en el retiro de su cuarto, siempre reinaba entre ellos una incomparable armonía. Magdalena hablaba entonces a Andrés de cuando él no la amaba y ella le había hecho ya el ídolo de su corazón. Sí, ella le amaba ya, sin discernirlo todavía.

Desde muy niña, siempre que oía en la calle de Fortuny a los señores de Crayán lamentarse amargamente de Andrés, ella tenía ya por un ser excepcional. Le admiraba y envidiaba por no parecerse a los demás. Cuando se hizo mujer imaginóse que singularizándose por el empleo de maneras independientes y trajes atrevidos acabaría casi por llamar su atención y agradarle. Así lo siguió creyendo.

¡Con qué sinceridad elogiaba en la calle de Fortuny, en casa de la señora de Crayán, todo lo que Andrés emprendía! Andrés agradecíase con un gesto irónico y humillante, juzgándola, sin duda, una mujercita mal educada. Herida en su amor propio y resuelta a cambiar de conducta, se prometió a sí misma no interesarse más por ninguna de sus empresas y así lo hizo hasta la noche en que voló Andrés en Étampes.

Durante todo el día estuvo sosteniendo una gran lucha para no ir al campo de aviación, dándose, al fin, por vencida. Por dichoso tuvo el accidente que sobrevino después, puesto que Andrés curaría aprendiendo a conocerla mejor..., tal como ella era... Lo que no esperó nunca fué la suprema dicha de ser amada por él... Ni en sus sueños la había entrevisto... Seguiría amándole sin que él lo supiese... Y la animaba para aceptar gustosa el porvenir de trabajos y privaciones que tenía en perspectiva la idea de ganar su estimación con el tiempo...

Andrés escuchábala con los ojos fijos en aquel rostro tan amado y tan luminoso, en aquellos labios castos y puros que le decían tan bellas cosas. ¡Minutos adorables tan breves tan obstinados tan largos, los más bellos del amor en los que no pensando los cuerpos en las vanas caricias se juntan y compenetran los corazones!

Sus días más amantes y más tiernos vivieron en Heidelberg, donde detuviéronse en su lento regreso a Francia. Desde el primer momento cautivóles por su bonachonería aquella reducida población, donde aun flota el aroma de la vieja Alemania.

Apenas ha puesto el viajero el pie en ella, se percata de que quedándose allí había de vivir muy bien. Todo en ella es amable y gracioso, sin empaque ni pizca de gravedad: el tendero que trabaja afanoso en su despacho, el transeunte que os da la seña de una calle, la criada que os sirve en el restaurante, el agente de policía que amonesta a un pilluelo. Todos los jueves y domingos, un concierto dado a las tres, reúne a las familias en el jardín público. Un empleado paternal, colocado a la puerta, entrega los billetes y programas. Los padres se sientan a las mesas mientras los jóvenes circulan, gozando de una inocente libertad alrededor del kiosco.

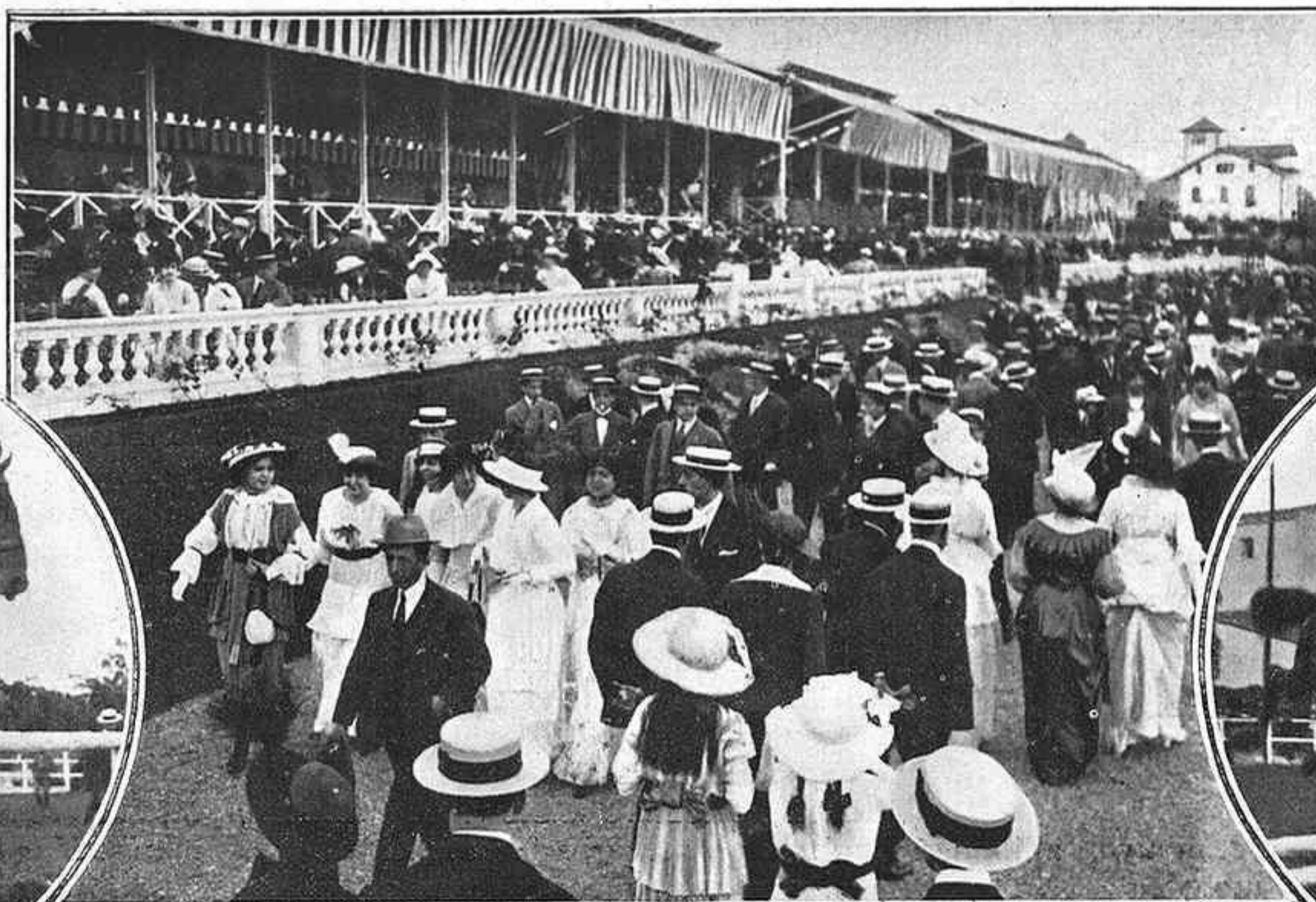
Andrés y Magdalena, sentados en el restaurante desde el que se domina el jardín, divertíanse contemplando a los paseantes, a las muchachas demasiado rubias y demasiado pálidas, a los jóvenes estudiantes con el rostro lleno de cicatrices, los unos muy altos y muy delgados, y los otros muy gruesos ya a pesar de sus años mozos, a los oficiales tiesos y rígidos embutidos en su guerrera azul, a las parejas de enamorados que marchaban sonrientes y adquiriendo las manos. Al cabo de unos días habían adquirido sus costumbres y no los consideraban como extranjeros. No los saludaban pero indicábaseles que estaban ya acostumbrados a verlos, que casi los conocían y que gozaban de la simpatía de la población por el agrado que mostraban de permanecer allí.

(Se continuará.)

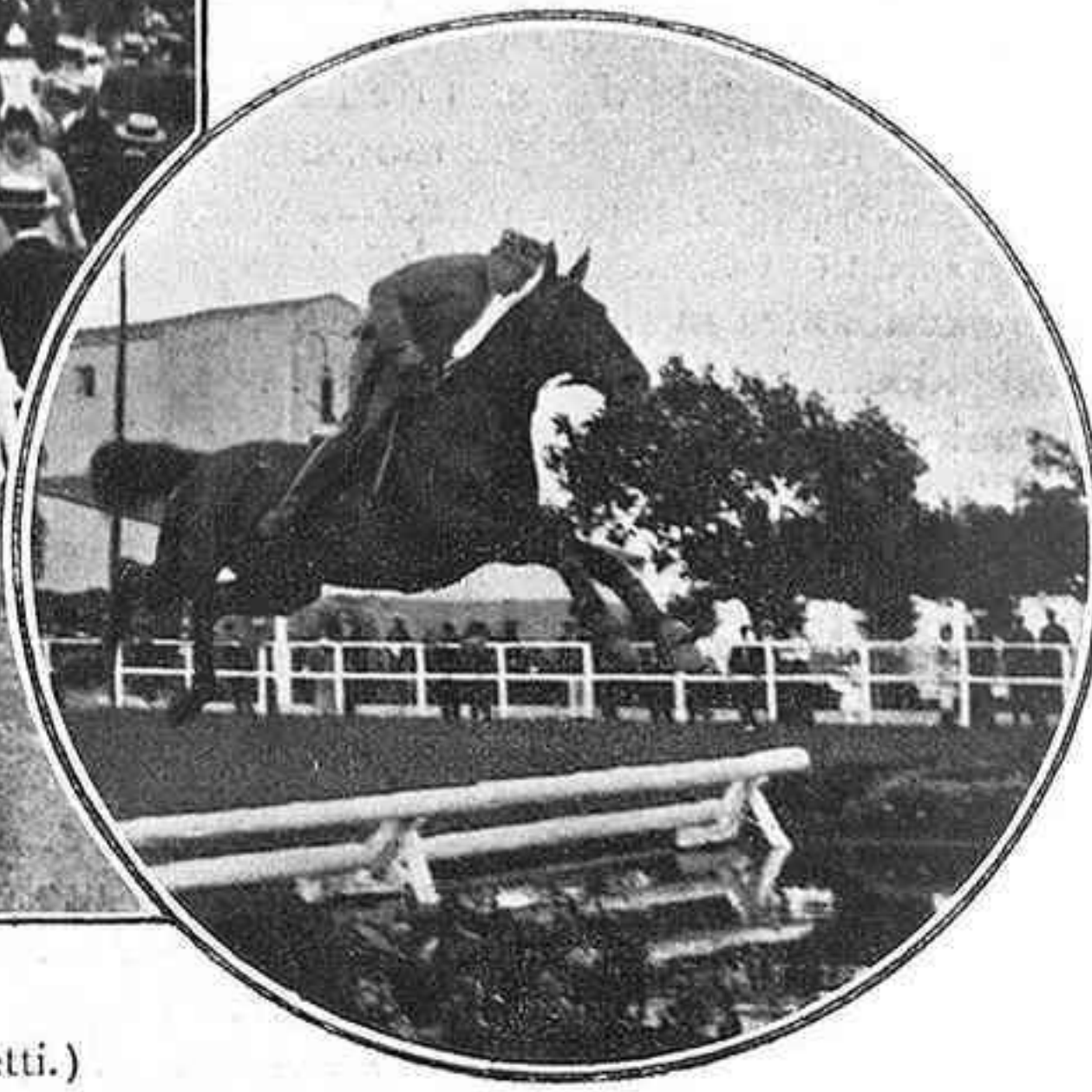
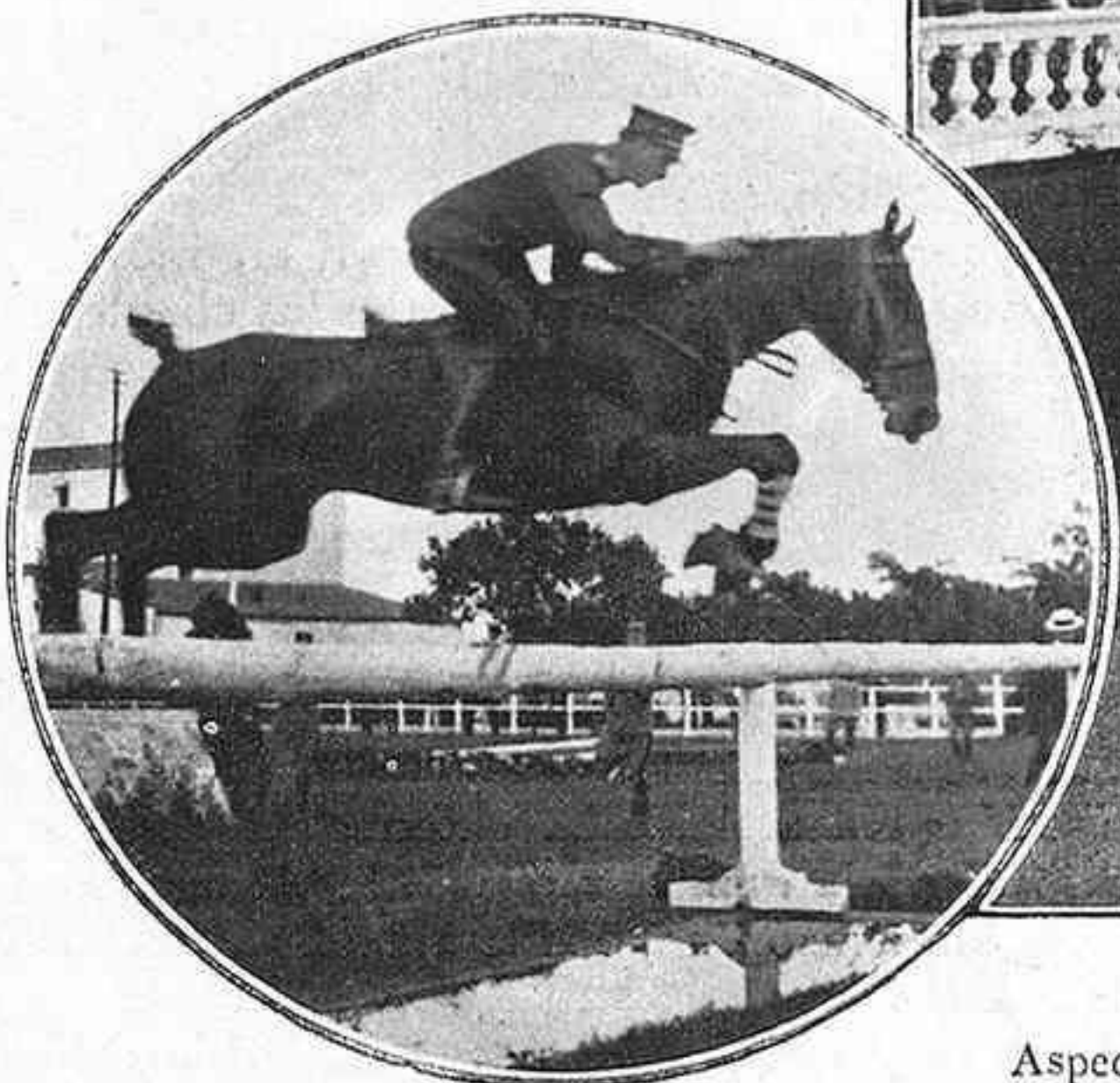
BARCELONA

CONCURSO HÍPICO INTERNACIONAL.

Como todos los años, por este mismo tiempo, celébrase actualmente en esta ciudad el Concurso Hípico Internacional, cuyo éxito es cada vez más creciente. Las carreras se efectúan en el hermoso



Apat, montado por el mismo; *Mandarin*, del teniente D. Arturo Aparicio, montado por el mismo; y *Meseta*, del teniente D. Alfonso Jurado, montado por el teniente D. Epifanio Somoza. Se adjudicaron lazos a *Chapal*, *Layrisse*, *Collette*, *Fabricador*, *Envarrado*, *Calmará*, *Trifinus*, *Sifón*, *Espéndido* y



Barcelona. - Concurso Hípico Internacional

Aspecto del paseo y de las tribunas durante las carreras. (De fotografías de A. Merletti.)

Salto de doble barra con ría

parque de deportes del Real Polo Jockey Club, que en las tardes de concurso ofrece un aspecto verdaderamente espléndido. Los palcos y las tribunas hallanse ocupados por las familias más conocidas de Barcelona, predominando en ellos el elemento femenino, pudiendo afirmarse, sin temor a incurrir en exageraciones, que todas las bellezas y todas las elegancias barcelonesas contribuyen con su presencia y con sus preciosos atavíos al mayor esplendor de la fiesta deportiva, que tanto interés despierta entre la élite de nuestra sociedad.

En cuanto al sexo fuerte, acuden asiduamente al concurso los más distinguidos *sportmen* y los aficionados a esta clase de ejercicios deportivos, que en nuestra capital son muchos en número.

El primer día corrióse la prueba de Inauguración, en la que tomaron parte sesenta caballos. Era prueba de obstáculos para toda clase de caballos y yeguas, sin limitación alguna, montados por *gentlemen* o por militares.

Hecha la clasificación, resultaron vencedores: del primer premio, *Vendien*, del Sr. duque de Andria, montado por don

Pedro G. Goyoaga; el segundo, *Vagido*, del capitán D. Eugenio R. Solano, montado por el mismo; el tercero, *Erguel*, de D. José A. García Sol, montado por D. Pedro G. Goyoaga; el cuarto, *La Ina*, del marqués de casa Domecq, montado por el teniente Sr. Moreno; y el quinto, *Chapal*, de D. Luis Moreno, montado por el teniente D. Bartolomé Guerrero. Todos efectuaron el recorrido sin falta.

Los lazos fueron adjudicados a los caballos *Flamenco*, *Frecuentazo*, *Demier*, *Longinos* y *Cotorra*.

El segundo día efectuóse la prueba *Omnium* (handicap), en la que corrieron cincuenta y tres caballos, habiéndose otorgado los premios por el orden siguiente: *Vendien*, del duque de Andria, montado por D. Pedro G. Goyoaga; *Erguel*, de don José García Sol, montado por D. Pedro G. Goyoaga; *La Ina*, del marqués de casa Domecq, montado por el teniente don Luis Moreno; *Cotorra*, de D. Pedro G. Goyoaga, montado por el mismo; *Ventarrón*, de D. Miguel Socasán, montado por el teniente D. Joaquín Romero; *Flamenco*, de D. Alfonso G. de la Higuera, montado por el teniente D. Epifanio Somoza; *Bullanga*, de D. Abel Díaz de Ercilla, montado por el capitán D. José de Martitegui; *Maspuede*, del capitán señor

Tragazón. Cuando escribimos esta nota, faltan aún muchas pruebas, algunas de ellas las más interesantes del concurso.

Salto de ría

LONDRES. - CONCURSO HÍPICO DE RICHMOND

La capital de Inglaterra se halla actualmente en plena *season* hípica. Después de las famosas carreras de Ascot, que constituyen una fiesta cortesana y en alto grado aristocrática, base celebrado el concurso hípico de Richmond que en nada cede en punto a distinción aristocrática a la primera, puesto que a ella concurre también lo más selecto de la alta sociedad londinense.

En el hipódromo de Richmond han desfilado por delante del público los más hermosos ejemplares de la raza equina, ya sueltos, como caballos de silla, ya enganchados en las más diversas formas y en los más variados vehículos.

La exreina Doña Amelia de Portugal ha distribuido las recompensas a los que han resultado vencedores en el concurso de Richmond, según puede verse en el adjunto grabado.



Londres. - S. M. la exreina Amelia de Portugal distribuyendo las recompensas a los vencedores en el concurso hípico de Richmond (De fotografía de L. N. A. Photo.)

BERNA. - EXPOSICIÓN NACIONAL SUIZA

En la hermosa capital de la Confederación Helvética se celebra actualmente una Exposición Nacional Suiza, en la que aquella pequeña nación ofrece al mundo entero el espectáculo de su prosperidad.

Hállase emplazada la exposición en uno de los más pintorescos sitios de los hermosos alrededores de aquella capital, junto al bosque del Bremgarten, y ocupa una superficie de 500.000 metros cuadrados; se compone de una serie de edificios puestos en dos grandes filas, entre jardines, alamedas, verdes alfombras de césped, fuentes y macizos de flores, formando una larga sucesión de pabellones de arquitectura moderna, de aspecto alegre pero no chillón, de un color gris y líneas severas y casi todos de poca altura.

Comprende 57 grupos de expositores distribuidos en 25 edificios y todas las secciones son en extremo interesantes. Llama en primer término la atención la gran sala de maquinaria, de 15 mil metros cuadrados, de esbeltas y elegantes proporciones y construida toda de hierro; en ella se ven máquinas de toda clase, motores, instrumentos y aparatos técnicos y científicos, llamando especialmente la atención dos puentes grúas de 20 toneladas que se mueven a lo largo de una vía de 125 metros.

En la sección de medios de locomoción se admira gran variedad de máquinas, vagones, tranvías, coches, trineos, etc.; y en las de alimentación, maquinaria agrícola y enseñanza, se ve el grado de adelanto que ha alcanzado Suiza en estas tres importantes materias.

Muy notables también las secciones de bordados, de esculturas en madera y de labores femeninas y sobre todo la de relojería, que ocupa una preciosa rotunda en la que los objetos están expuestos en vitrinas.

Dignas de especial mención son asimismo la reconstrucción de una mina carbonífera en pleno funcionamiento; la exposición de la leche, con sus magníficos establos y su lechería modelo; el pabellón de piscicultura, con su interesantísimo acuario lacustre; la típica aldea suiza, con su gran cervecería, sus iglesias católica y protestante y su cementerio románico; y el pabellón de los deportes, particularmente alpinos, con su hermoso panorama de San Moritz en invierno y sus imponentes



Berna. Exposición Nacional Suiza. - Entrada principal de la Exposición
(De fotografía remitida por Carlos Trampus.)

planos en relieve de paisajes alpinos.

Hay, además, una excelente exposición de bellas artes con más de dos mil obras.

Entre los atractivos de todo género que sobresalen al visitante, sobrepasan las montañas rusas, que presentan un aspecto enteramente nuevo: forman un grandioso paisaje alpestré, a través del cual por rápidas pendientes, cuevas elizoidales, galerías, orillas de nevados, picos de montañas nevadas y ventisqueros, los vagones suben y bajan, se precipitan y hunden en los abismos para luego volver a salir a la superficie.

La Exposición de Berna no produce la impresión de grandiosidad que otras exposiciones causan a sus visitantes; pero, en cambio, ofrece los encantos de la placidez, del orden, de la seriedad y sobre todo de una excelente distribución y de un exquisito gusto en el aprovechamiento de todos los espacios.

Ha costado diecisiete millones de francos durante el primer mes ha sido visitada por más de 600.000 personas.

No hay duda...
Perfume de
HENO de PRAVA.
Carla de mi adorado
tormento.

Ehrmann.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES O EDITORES

DEL JARDÍN DE LA MURTA, por Enrique Vázquez de Aldana. - Colección de inspiradas poesías de los más diversos géneros y armoniosamente versificadas. El autor sabe sentir lo que ve y expresarlo en correcta forma, esmaltando sus versos con bellos pensamientos; y en sus composiciones, lejos de verse la influencia de las tendencias modernistas, se aprecia el culto a la gloriosa tradición de la poesía castellana. Un tomo de 114 páginas, impreso en Madrid en la imprenta de R. Velasco; precio, dos pesetas.

**

EL ATENEO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO DE MADRID, por M. García Sansegundo. - Curioso trabajo que contiene interesantes notas descriptivas del régimen interior de aquella importante institución, de las enseñanzas que en ella se dan, de los principales actos por ella realizados, de las conferencias organizadas, etc., etc. Un folleto de 28 páginas, impreso en Madrid en el establecimiento tipográfico de El Liberal.

**

CÁMARA DE COMERCIO Y NAVEGACIÓN DE BARCELONA. MEMORIA DE LOS TRABAJOS REALIZADOS DURANTE EL AÑO 1913. - En cumplimiento del Real Decreto de 1911, la Cámara de Comercio y Navegación de esta ciudad ha enviado a la Dirección de Comercio esta memoria, que constituye un trabajo interesantísimo y de suma importancia. En la imposibilidad de ocuparnos en ella detenidamente, diremos que sus diversos capítulos comprenden las siguientes materias: organización, administración, régimen interno, atribuciones y vida de relación de la Cámara; asamblea de las Cámaras de Comercio, Industria y Navegación; expansión económica, cultura mercantil, ferrocarriles, correos, telégrafos y teléfonos, asuntos marítimos, legislación mercantil e industrial, banca y bolsa, aranceles y aduanas, asuntos contributivos y otras varias, todas referentes a la labor realizada por la Cámara en 1913. Completan la memoria interesantes apéndices. Un tomo de 352 páginas, impreso en Barcelona en los Talleres de Artes Gráficas de Henrich y C.^ª

**

ELS RIELLS, por Pablo Griera y Cruz. - Es una novela de costumbres rurales catalanas con acción y en ocasiones altamente dramática. Sus personajes están bien observados y sus caracteres se sostienen en toda la obra; los sucesos se desenvuelven lógicamente y naturalmente, y en unos y otros, así como en la parte descriptiva, se advierte el cariño con que el autor ha estudiado y sentido los tipos, los lugares y los asuntos de nuestra región. Un tomo de 160 páginas, impreso en Barcelona en la imprenta de Joaquín Horta; precio, 2,50 pesetas.

BARCELONA. - UN HOMENAJE AL EMINENTE ACTOR ENRIQUE BORRÁS



Vino de honor ofrecido a Enrique Borrás por el Círculo Artístico con motivo de haber sido nombrado socio honorario del mismo el eminente actor. (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

El Círculo Artístico de esta ciudad, con motivo de haber nombrado socio honorario al eminente actor Enrique Borrás, ha ofrecido a éste recientemente un vino de honor, al que concurrieron los principales artistas de esta capital y gran número de otras personalidades que quisieron asociarse al homenaje.

El salón en que se efectuó el acto estaba adornado con profusión de plantas y gran número de cuadros debidos al pincel de nuestros más reputados pintores, entre ellos, Ramón Casas, Rusiñol, Urgell, Agapito Casas, Ferrer, Cusi, Lasarte, Puig Perucho, Ros y Güell, Escarrá, Beltrán, Borrás Abella, Gili Roig, Masriera, Galofre Oller, Cardunets, Freixas Sauri, Llop, Ferrater, Torrecassana, Capdevila, Calsals, Baixas, Larraga y Carlos Vázquez.

Una comisión fué a buscar a Enrique Borrás a su domicilio y al llegar el gran actor al Círculo Artístico fué recibido por la numerosa concurrencia con una ovación cariñosa y entusiasta. Después que hubo recorrido el local, el homenajeado y la Junta del Círculo ocuparon la mesa presidencial.

El presidente del Círculo, el celebrado pintor y querido y estimadísimo colaborador nuestro, Carlos Vázquez, leyó unas sentidas y bien escritas cuartillas diciendo que todos los elementos que constituyen aquella entidad rinden culto a las Bellas Artes y que considerando al ilustre actor como uno de los más preclaros cultivadores del arte, el Círculo había acordado nombrarlo socio de mérito y había querido comunicarle este acuerdo de una manera solemne, en presencia de todos los socios y ofreciéndole, al propio tiempo, un vino de honor.

El secretario del Círculo Artístico Sr. Cardunets dió también lectura a unas cuartillas presentando a Borrás en su doble carácter de gran artista y de gran amante de Cataluña, puesto que da a conocer en el mundo entero las mejores obras de los autores dramáticos catalanes.

Después de leídas varias adhesiones, entre ellas una enviada desde Madrid por el insigne pintor y literato Santiago Rusiñol, hizo uso de la palabra el homenajeado, excusando su falta de dotes oratorias

y dando las gracias en sentidas frases por el acuerdo del Círculo Artístico, por el obsequio que se le tributaba y por los elogios que le habían dedicado en sus discursos los señores Vázquez y Cardunets. Añadió que en sus excursiones artísticas, fuera de su patria, no deja un momento de seguir con el mayor interés los triunfos que en todas partes alcanzan los pintores compatriotas suyos, entre los cuales cuenta algunos de sus mejores amigos, y se declaró admirador entusiasta del arte pictórico que, manteniendo el calor y las gloriosas tradiciones de los grandes maestros Goya y Velázquez, le facilita el poder representar el alma y la vida de los personajes creados por aquellos grandes autores que se llamaron Calderón, Lope de Vega y Ramón de la Cruz.

Todos los discursos, especialmente el de Borrás, fueron aplaudidos con entusiasmo.

El presidente Sr. Vázquez ofreció al homenajeado un hermoso ramo de flores y luego se sirvieron dulces y champaña, terminando tan agradable fiesta el Sr. Meifrén con un brindis dedicado al arte.

ZÜRICH

GRAN HOTEL VICTORIA

Bahnhofplatz

Casa de primer orden para familias. - Restaurant.
Prop. A. Kummer-Wenger.

CANTARES POPULARES Y LITERARIOS

RECOPIADOS POR D. MELCHOR DE PALAU

Un tomo de 374 págs., 5 pesetas para los suscriptores á esta ILUSTRACIÓN

DICCIONARIO de las lenguas española y francesa comparadas

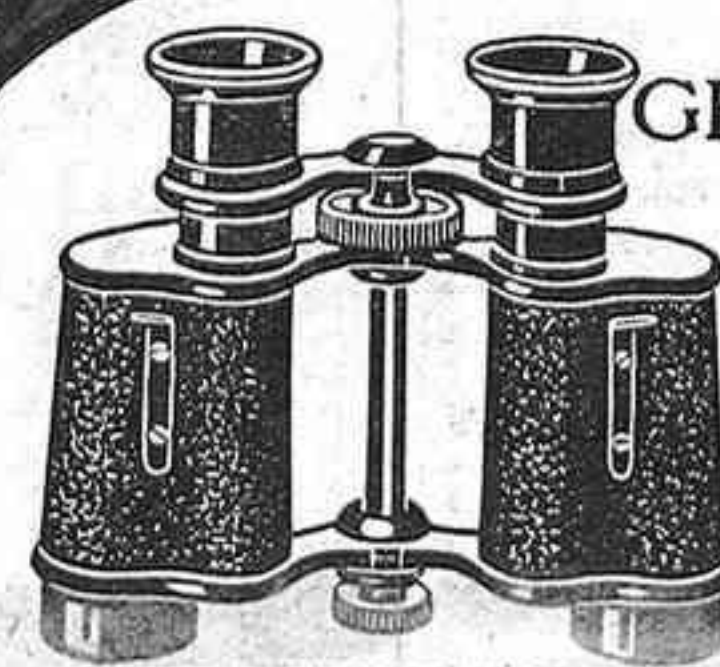
Redactado con presencia de los de las Academias Española y Francesa, *Bescherelle, Littré, Salvá* y los últimamente publicados, por D. NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA. - Contiene la significación de todas las palabras de ambas lenguas; voces antiguas; neologismos; etimologías; términos de ciencias, artes y oficios; frases, proverbios, refranes é idiotismos, así como el uso familiar de las voces y la pronunciación figurada. - Cuatro tomos: 55 pesetas.

Montaner y Simón, editores. - Aragón, 255, BARCELONA

PÍDASE

PROSPECTO J.A.

LEITZ



GEMELOS PRISMÁTICOS

PARA

EJÉRCITO Y MARINA

VIAJE Y SPORT

TEATRO Y CAZA

SE VENDEN EN TODOS LOS

ESTABLECIMIENTOS DE ÓPTICA DE IMPORTANCIA O DIRECTAMENTE POR

E. LEITZ, WETZLAR (ALEMANIA)

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el PILIVORE, DUSSEY, 1, rue J.-J.-Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN